

~~Podría~~
~~Quizás~~
~~Puedo~~
~~Debo~~

**i Me
Comprometo!**

NUEVE CARACTERÍSTICAS DEL
CRISTIANO ENFOCADO HACIA AFUERA

THOM S. RAINER

Table of Contents

Introducción: La historia de un alegre miembro de la iglesia
Capítulo 1: Me comprometo a pasar del «ser» al «hacer»
Capítulo 2: Me comprometo a adorar con otros
Capítulo 3: Me comprometo a crecer junto con otros
Capítulo 4: Me comprometo a servir
Capítulo 5: Me comprometo a ir
Capítulo 6: Me comprometo a dar generosamente
Capítulo 7: Me comprometo a no abandonar la iglesia
Capítulo 8: Me comprometo a no caer en la trampa del iglesianismo
Capítulo 9: Me comprometo a dejar huella
Apéndice

~~Podría~~
~~Quizás~~
~~Puedo~~
~~Debo~~
**i Me
Comprometo!**

NUEVE CARACTERÍSTICAS DEL
CRISTIANO ENFOCADO HACIA AFUERA

THOM S. RAINER

B&H
ESPAÑOL

NASHVILLE, TENNESSEE

Otros libros de Thom S. Rainer

Autopsy of a Deceased Church [Autopsia de una iglesia muerta]

Soy miembro de la iglesia

The Millennials [La generación del milenio] (coautor)

Transformational Church [La iglesia que transforma] (coautor)

Simple Life [Vida sencilla] (coautor)

Essential Church [Iglesia esencial] (coautor)

Vibrant Church [La iglesia vibrante] (coautor)

Raising Dad [Criando a Papá] (coautor)

Iglesia simple (coautor)

Un giro inesperado

Desconectados de la iglesia

Surprising Insights from the Unchurched [Las perspectivas sorprendentes del no creyente]

Eating the Elephant [Comer al elefante] (edición actualizada) (coautor)

High Expectations [Grandes expectativas]

The Every Church Guide to Growth [La guía de crecimiento para la iglesia] (coautor)

The Bridger Generation [La generación puente]

Effective Evangelistic Churches [La iglesia evangelizadora eficaz]

The Church Growth Encyclopedia [Enciclopedia del crecimiento de la iglesia] (coautor)

Experiencing Personal Revival [Cómo experimentar un avivamiento personal] (coautor)

Giant Awakenings [Grandes despertares]

Biblical Standards for Evangelists [Normas bíblicas para los evangelistas] (coautor)

Eating the Elephant [Comer el elefante]

The Book of Church Growth [El libro del crecimiento de la iglesia]

Evangelism in the Twenty-first Century [Evangelismo en el siglo veintiuno] (editor)

¡Me comprometo!

Copyright © 2016 por Doulos

Todos los derechos reservados.

Derechos internacionales registrados.

B&H Publishing Group

Nashville, TN 37234

Clasificación Decimal Dewey: 248.84

Clasifíquese: VIDA CRISTIANA/AYUDA CONDUCTA-COMPORTAMIENTO/RELACIONES INTERPERSONALES

Publicado originalmente por B&H Publishing Group con el título *I Will* © por Doulos

Traducción al español: Gabriela de Francesco

Tipografía: 2K/DENMARK A/S

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida ni distribuida de manera alguna ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos el fotocopiado, la grabación y cualquier otro sistema de archivo y recuperación de datos, sin el consentimiento escrito de la editorial.

A menos que se indique otra cosa, las citas bíblicas se tomaron de La Biblia de las Américas, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas RVR 1960 se tomaron de la versión Reina-Valera Revisada 1960 © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso.

ISBN: 978-1-4336-8928-4

Impreso en EE.UU.

1 2 3 4 5 * 19 18 17 16

Para

William Thomas Rainer,

Mi nieto:

No veo la hora de verte otra vez en el cielo.

~~~~~

Y, como siempre, para

Nellie Jo,

Mi esposa:

No me imagino la vida sin ti.

## Reconocimientos

Me encantan las iglesias locales.

Sí, lo sé. No hay iglesias perfectas ni pastores, colaboradores o asistentes perfectos. ¡Pero doy tantas gracias por todas las personas que sirven en estas congregaciones! Son los puntos misioneros que Dios nos ha dado para transmitir el evangelio.

Así que escribo este libro con una profunda gratitud y reconocimiento hacia todos los que sirven en la línea de fuego del ministerio. Muchos se quejan preguntándose qué anda mal en nuestras iglesias. Pero las personas a las que critican trabajan día a día a favor del evangelio y precisamente es gracias a ellas que andan bien nuestras iglesias.

Gracias al «equipo Rainer» por todo lo que hace para que mi ministerio esté lleno de alegría. Ustedes tres, Amy Jordan, Jonathan Howe y Amy Thompson, son de las personas más trabajadoras que conozco; hacen todo con gozo y gratitud. Han enriquecido mi vida.

El equipo editor de B&H no deja de sorprenderme. Durante varios años, B&H ha estado bajo el increíble liderazgo de Selma Wilson y Cossy Pachares. Fue maravilloso ver cómo Dios ha usado a estos líderes para transformar una organización. Ambos han sido merecidamente ascendidos a otras posiciones de liderazgo en LifeWay. Muchísimas gracias también a Jennifer Lyell, mi editora y quien maneja los libros comerciales en B&H. He trabajado con Jennifer en dos organizaciones y puedo decir que es una de las personas más talentosas que conozco. Agradezco porque, hace años, Jennifer decidió venir a LifeWay.

Si me conoces, aunque sea de la manera más informal, probablemente sepas cuánto amo a mi familia, es una parte integral de todo lo que hago; dependo de mi familia y la valoro muchísimo. Al día de hoy, está compuesta por 17 personas: mi esposa, Nellie Jo, mis tres hijos y sus esposas: Sam y Erin; Art y Sarah; y Jess y Rachel; por supuesto también están mis nueve nietos: Maggie, Bren, Nathaniel, Joshua, Canon, Collins, Joel, Will y Harper.

A ti, el lector, te estoy más agradecido de lo que puedo expresar. Algunos de ustedes me han acompañado en mis 25 libros. Me honra que consideren que vale la pena leer lo que escribo.

Mi oración es que *Me comprometo* les proporcione ánimo a los que sirven en las iglesias y a los que aman a la esposa de Cristo. Aunque muchas iglesias tienen sus luchas, yo sigo siendo un obstinado optimista respecto a su futuro. Espero que te contagies de mi optimismo. Oro para que puedas tener la misma esperanza.

Gracias por leer este libro y gracias por tu disposición a leerlo en oración. Ruego que el Espíritu Santo haga una obra maravillosa en las congregaciones de todo el mundo, y que más y más personas respondan a su llamado a la obediencia y digan: «Me comprometo».



## La historia de un alegre miembro de la iglesia

Su nombre es Ana.

Es una madre sola con tres hijos: dos niños y una niña, de cinco, siete y diez años. A Ana le preocupan sus pequeños por el divorcio, por sus problemas en la escuela y porque no obedecen en la casa. Hace más de tres años que no los lleva a la iglesia.

El divorcio fue desagradable. Bueno, en general, los divorcios no son situaciones placenteras ni gratas. Cuando Daniel y Ana se separaron, hace casi cuatro años, ella decidió dejar de ir a la iglesia, porque su exesposo seguiría asistiendo con su futura nueva esposa, y Ana se sentía incómoda al estar cerca de ellos.

Así que se fue de la congregación donde había concurrido tanto tiempo y, durante más de cuatro años, no asistió a ninguna otra iglesia.

Los amigos y la familia de Ana se compadecían de ella: «Pobrecita; perdiste a tu esposo, a muchos de tus amigos y a la iglesia que amas», le decían algunos. Y Ana asentía con la cabeza, escuchando las condolencias en silenciosa aceptación. A ella no le molestaba lo que pensarán sus amigos.

Pero Ana tiene un secreto... un secreto que no le ha confesado a nadie. Sí, el divorcio fue terriblemente doloroso. Sin duda, muchos de los cambios los lastimaron a ella y sus hijos. Sin embargo, no le contó a nadie toda la historia.

En realidad, para Ana, fue un alivio irse de la iglesia, porque se había sentido desdichada allí mucho antes de que comenzaran sus problemas matrimoniales.

Para entender los sentimientos de Ana, hay que retroceder unos doce años, al momento cuando ella y Daniel se casaron. Compraron una casa donde él trabajaba y se comprometieron a participar en alguna congregación. Entonces, decidieron que asistirían a la iglesia Resurrección.

Allí comienza la historia.

No soy un alegre miembro de la iglesia

Desde la perspectiva de Ana, asistir a la iglesia Resurrección fue una decisión fácil porque Daniel y sus padres habían concurrido durante muchos años. Era una iglesia de 250 miembros y, por supuesto, Daniel conocía a la mayoría. Todos se mostraron amigables con Ana y la aceptaron de inmediato, pues ahora era parte de la familia de Daniel.

Ana no tuvo que hacer demasiado para empezar a participar. A las pocas semanas de unirse a la congregación, la invitaron a formar parte de un estudio bíblico para mujeres, le pidieron que colaborara con las finanzas de la iglesia (ya que era contadora pública) y que ayudara a recibir a las personas.

Cuando llegaron los hijos, a ellos también les resultó natural conectarse con la iglesia. Daniel y Ana tenían muchos buenos amigos en la congregación, algunos de los cuales eran padres jóvenes con hijos de edades similares a los suyos.

Así que la vida de iglesia tuvo un buen comienzo. Ana mostraba una buena actitud, sus relaciones con los demás eran sólidas y su participación era buena.

La verdad es que a Ana le cuesta recordar exactamente cuándo empezaron a cambiar las cosas. Fue algo más gradual que repentino, pero con el paso de los años dejó de disfrutar de la iglesia. No hubo ningún hecho negativo en particular. Es más, apenas si notó el cambio día a día.

Lo que sí recuerda es despertarse un domingo por la mañana sintiendo rechazo a la hora de ir a la iglesia. «¿Cuándo empezaron estos sentimientos? —se preguntó—, ¿por qué ya no soy un miembro feliz de la iglesia?».

Esta es la historia de Ana.

Sin embargo, puede repetirse en las vidas de millones de miembros de iglesias.

### El cambio de actitud

Según cuál sea tu perspectiva, podrías pensar que Ana tenía una ventaja, pues no necesitó esperar ni pedir permiso para participar en la iglesia. Por medio de Daniel y su familia, tuvo conexiones y aceptación inmediatas. Era como si hubiera sido miembro de la congregación durante años.

Al principio, fue divertido. Le encantaban todas las amistades que había desarrollado en la iglesia. Los miembros eran buenas personas y se cuidaban unos a otros.

Ana no había asistido a ninguna reunión de finanzas de la iglesia durante los primeros seis meses. Sin embargo, el tesorero le pidió que participara, ya que pronto sería su asistente y necesitaba conocer el contexto y adquirir experiencia.

A Ana le pareció extraño que tuvieran una reunión de finanzas todos los meses, pero decidió asistir. La reunión no fue para nada lo que ella esperaba. El tesorero dio su informe, y seis o siete miembros de la iglesia hicieron preguntas sobre casi cada centavo de los gastos.

Después, el pastor hizo una presentación para cambiar el tiempo de adoración de las 11:00 a las 10:30. Su lógica era convincente: si empezaban a las once, ya era muy tarde y no había ningún beneficio evidente. Simplemente, la iglesia siempre se había manejado así.

La oposición fue bastante intensa. Entonces, el pastor sugirió que el cambio le resultaría atractivo a las familias más jóvenes que todavía no eran miembros de la iglesia. A menudo, prefieren comer antes del mediodía, en especial si tienen hijos. Betiana, miembro de larga data, respondió con rapidez. «No sé por qué siempre estás pensando en personas que no son miembros de esta iglesia. Esta es nuestra iglesia y nuestras necesidades son una prioridad», dijo sin dudar.

El pastor escuchó el coro de «amenes» y vio cómo varios asentían dando su aprobación. Se dio cuenta de que no tenía sentido insistir, así que dejó de hablar del tema.

Ocho meses más tarde, el pastor dejó la iglesia. Apenas si llegó a estar dos años en la congregación.

En los últimos 20 años, la iglesia ha tenido 8 pastores diferentes. Solo uno llegó a ocupar el cargo durante cuatro años.

Ana pronto pasaría a formar parte del círculo de los miembros más antiguos. De ellos, aprendió que la prioridad de la iglesia era satisfacer sus necesidades. A menudo, se unía al coro de críticas cuando alguien sugería un cambio en la congregación. Aunque no lo admitía ni lo expresaba, empezó a considerar la iglesia un club religioso que seleccionaba cuidadosamente a quiénes dejaba entrar.

Ana se unió a la iglesia con la esperanza de marcar una diferencia. Esperaba poder dar y servir, pues en ello encontraba una verdadera satisfacción.

Al principio, sus experiencias en la iglesia fueron agradables. Disfrutaba de estar incluida en un club del que otros quedaban afuera.

Sin embargo, esa conducta y actitud egoístas no le daban una verdadera satisfacción. Cuando un domingo despertó con pánico y angustia, fue la culminación de meses de una actitud arrogante y egoísta. Fue el resultado de estar concentrada en sí misma en lugar de mirar hacia fuera. Podría compararse al niño que come demasiado helado y luego se enferma. Lo más importante eran sus necesidades, sus deseos y su egoísmo.

Ana estaba enferma espiritualmente y lo sentía.

Entonces, cuando al fin obtuvo el divorcio, abandonar la iglesia le resultó muy fácil. Nunca le dijo a nadie lo aliviada que se sentía de escaparse de un lugar tan interesado. Ya no tenía deseos de volver a ninguna iglesia. Se había cansado.

Tiempo de regresar al Cuerpo

Pasaron cuatro años. Ana estaba cada vez más intranquila. El dolor intenso del divorcio había menguado, pero sabía que le estaba faltando algo importante. Se dio cuenta de que, como creyente en Cristo, necesitaba encontrar una iglesia para conectarse con otros cristianos; sin duda, tenía que volver a llevar a sus hijos a la iglesia.

Entonces, esta madre sola que no asistía a ninguna iglesia comenzó a buscar una congregación donde echar raíces. Ana empezó su búsqueda con grandes esperanzas que pronto se vieron frustradas.

Le comentó a un vecino: «Ninguna iglesia sabe lo que está haciendo. Todas tienen problemas evidentes».

De mala gana, accedió a recibir la visita del pastor de una iglesia a la que había asistido tres veces con sus hijos. Desde su perspectiva, la iglesia era lo mejor de lo peor. Sin embargo, Ana estaría lista para cuando vinieran. Tenía el artículo perfecto para mostrarles.

Joel y María, el pastor de la iglesia Manantial de Vida y su esposa, llegaron puntualmente a la casa de Ana. Después de saludarse y hablar sobre cosas sin importancia, Ana tomó la palabra.

«Pastor Joel —comenzó—, permítame ir al grano. Hace cuatro años que no asisto a ninguna iglesia. He visitado muchas congregaciones con toda la intención de regresar. Sin embargo, francamente, no encontré un lugar aceptable. La iglesia Manantial de Vida es la mejor, pero tiene sus problemas».

Joel y María fueron pacientes y amables. Era evidente que habían escuchado historias similares. María preguntó: «Ana, ¿cuáles han sido tus malas experiencias? Creo que nos ayudaría conocer algunos detalles».

«Supuse que querrían saber —respondió Ana—. Esta semana vi una publicación en un blog llamada “Las nueve maneras principales en que las iglesias ahuyentan a los que asisten por primera vez”. Imprimí una copia para que pudieran leerlo. En las iglesias que visité, experimenté cada una de las situaciones que aquí se mencionan».

Joel y María leyeron juntos el artículo del blog. El autor era conciso y directo:

Las nueve maneras principales en que las iglesias ahuyentan a los que asisten por primera vez

1. **Miembros poco amistosos.** Esta respuesta era previsible. Pero la sorpresa fue la cantidad de encuestados que incluyeron una cordialidad poco auténtica. En otras palabras, los visitantes percibieron una cierta falsedad en algunos de los miembros de la iglesia.
2. **Un área infantil poco segura o sucia.** Esta respuesta generó la mayor cantidad de reacciones emocionales. Si tu iglesia no prioriza a los niños, no esperes que asistan familias jóvenes.
3. **Ningún lugar donde obtener información.** Si la iglesia no tiene un lugar claro y evidente para obtener información, la posibilidad de que una persona regrese se reduce casi a la mitad. Además, debería haber alguien para recibir y ayudar a los invitados en el centro de información.
4. **Una página de Internet poco atractiva.** La mayoría de las personas entran en la página de Internet de la iglesia antes de asistir a la reunión de adoración. Aunque decidan asistir a

pesar de que la página les haya parecido poco atractiva, lo hacen con prejuicios. Los dos elementos fundamentales que las personas desean distinguir en un sitio web son la dirección y los horarios de las reuniones. Es así de simple.

5. **Una mala señalización.** Si ya hace varias semanas que asistes a la iglesia, te olvidas de los carteles y de la señalización. Ya no los necesitas. Pero los invitados sí los precisan y se frustran si no los ven.
6. **Lenguaje especial de miembros.** La mayoría de los encuestados no se referían a un lenguaje teológico, sino a la manera de hablar que solo entendían los miembros. Mi ejemplo preferido fue: «El GMU se reunirá en el CLC, en la sala donde suelen juntarse los GA».
7. **Una reunión aburrida o poco interesante.** No me sorprendió que apareciera este elemento. La sorpresa es que no ocupaba los primeros lugares.
8. **Otros miembros les decían a los invitados que estaban ocupando su asiento o banco.** Sí, sin duda, esto todavía sucede en algunas iglesias.
9. **Instalaciones sucias.** Algunos de los comentarios: «Parecía que no habían limpiado en toda la semana». «No había cestos de basura por ningún lado». «Los baños eran peores que los de una mala estación de servicio». «Los bancos tenían más manchas que un anuncio de jabón para la ropa».

En realidad, Joel ya había leído el artículo esa semana. Lo había escrito un bloguero poco conocido, que obtuvo mucha atención con esa publicación. Sin embargo, María habló primero.

«Ana —comenzó—. Es un buen artículo. Como líderes de la iglesia, tenemos que prestar atención a su mensaje. Pero quizás estés mirando la iglesia de manera incorrecta. Tal vez, no tendrías que preguntarte lo que puedes obtener de la iglesia, sino cómo Dios quiere que sirvas a través de una congregación. En lugar de decir “quisiera”, considera afirmar “me comprometo”».

Los comentarios de María alteraron a Ana. Intentó mantener la compostura, pero era evidente que le habían molestado esas

palabras. La noche se hizo interminable.

*¿Por qué me molestaron tanto esos comentarios?*, se preguntó Ana cuando se quedó sola. *¿Acaso soy tan sensible?*

El miembro comprometido

Ana no durmió bien esa noche. Las palabras de María resonaban en su mente: «En lugar de decir “quisiera”, considera decir “me comprometo”».

En un momento, abrió su Biblia. Acababa de empezar a leer el libro de Filipenses y estas palabras de Filipenses 2:3-4 le saltaron a la vista: «Nada hagáis por egoísmo o por vanagloria, sino que con actitud humilde cada uno de vosotros considere al otro como más importante que a sí mismo, no buscando cada uno sus propios intereses, sino más bien los intereses de los demás».

«Vaya... —murmuró en voz baja—. ¡Eso es! Por eso era tan infeliz en la iglesia Resurrección. Estaba concentrada en mis deseos y mis necesidades. No me importaba servir a los demás».

Ana también se dio cuenta de que había sido sumamente crítica y exigente con las iglesias que había visitado. Estaba buscando satisfacer sus deseos, en lugar de decir: «Me comprometo».

Entonces, volvió a la iglesia Manantial de Vida. Pero esta vez, su perspectiva fue totalmente distinta. Sabía que ninguna iglesia es perfecta. Siempre habría lugar para mejoras. Pero ahora, con el poder de Dios, serviría a los demás primero. Este se volvió su lema personal: «No digas “quiero”, di “me comprometo”».

Ana se unió a la iglesia con sus hijos y se transformó en un miembro feliz de la congregación. Su vida se volvió un testimonio del compromiso y la disposición. Comenzó a servir con un espíritu abnegado y, cuando otros miembros de la iglesia la defraudaban, se comprometía a orar por ellos y los perdonaba. Después de todo, Cristo hizo eso mismo por nosotros y a un alto precio. Era lo mínimo que ella podía hacer. Es más, se transformó en un miembro comprometido de la iglesia, sin sentir una obligación legalista ni terminar agotada. Cuando servía, lo hacía con gozo.

De su historia a tu historia

Las primeras páginas de este libro se trataron de Ana. El resto del libro es sobre ti, un creyente en Cristo y miembro de una iglesia. Se trata de aprender cómo tener gozo pleno al servir a través de la

iglesia. Se trata de ser un miembro que funcione bien dentro del cuerpo.

Se trata de decir: «Me comprometo».

Hace unos años, escribí un libro sobre cómo formar parte del cuerpo de Cristo, es decir, cómo ser un feliz miembro de la iglesia. *Soy miembro de la iglesia* se transformó en uno de los éxitos de ventas de su género. El tema era sencillo: ¿Cuál debe ser mi actitud para ser un feliz miembro de la iglesia, según enseña la Biblia?

Ahora, nos dirigimos hacia el próximo paso crítico de formar parte del cuerpo de Cristo. Pasamos de la actitud correcta («ser») a las acciones correctas («hacer»).

Es muy simple: es cuestión de aprender lo que la Biblia enseña sobre la función de miembro del cuerpo de Cristo. Se trata de escuchar la voz de Dios a través de Su Palabra.

Cuando Cristo te pide que sirvas a Él y a otros en Su iglesia, tendrías que poder responder con gozo. Por supuesto, ya sabes cuál es la respuesta.

«Me comprometo».

#### *Puntos para reflexionar*

1. ¿Por qué tantos miembros de iglesias tienen una visión crítica y negativa de las iglesias locales?
2. ¿En qué sentido algunas iglesias locales funcionan como un club religioso?
3. Lee Filipenses 2:1-11. ¿Qué aporta este pasaje respecto a ser un miembro que se sacrifica por la iglesia?
4. ¿De qué manera tener una actitud correcta como miembro de una iglesia conduce naturalmente a demostrar acciones correctas como parte del cuerpo de Cristo?



## Me comprometo a pasar del «ser» al «hacer»

Fue uno de los mejores días de mi vida.

Tenía apenas 21 años y estaba profundamente enamorado.

El día 6 de mayo de 1977, le pedí a mi novia, Nellie Jo, que se casara conmigo. Le pedí que fuera mi esposa y ella me dio un magnífico regalo de gracia.

Me dijo que sí.

Nos casamos el 17 de diciembre de ese mismo año. Y después de casi cuatro décadas, todavía recuerdo ese día de mayo con asombro. A veces, me deja atónito su respuesta.

Me dijo que sí.

Verás, a veces, puedo ser un verdadero idiota. Dejo que mi mal carácter me supere. Puedo estar tan ocupado que descuido lo más importante: mi familia y mi esposa. A pesar de todo, Nellie Jo ha permanecido a mi lado. Me ha amado y perdonado.

En una ocasión, con temor y temblor, le pregunté por qué permaneció tan fiel y amorosa aunque yo, a veces, he sido un mal esposo. Su respuesta fue increíblemente simple, pero igual de reveladora.

Me dijo: «Thomas —ella es la única persona que me llama “Thomas” y eso me gusta—, cuando dije “Acepto” y “en las buenas y en las malas”, lo dije en serio. Sabía que no todo sería color de rosa. Sabía que tendríamos nuestras luchas. Pero me comprometí contigo. Tomé una decisión. Esa ha sido mi actitud desde el primer día de nuestro matrimonio».

Un momento. ¿Prestaste atención a la última frase?

«Esa ha sido mi actitud desde el primer día de nuestro matrimonio».

Nellie Jo tomó una decisión. Decidió cuál sería su actitud.

Nuestra actitud respecto a la iglesia

Este libro se trata de lo que deberíamos *hacer* en nuestra iglesia. Pero antes de avanzar y hablar de *hacer*, tenemos que abordar el tema de nuestra actitud.

Si no empezamos con la actitud correcta, nos atenemos a pautas legalistas. Terminamos frustrados y agotados.

Pero si tenemos la actitud correcta, el *hacer* se vuelve natural. Se transforma en algo que produce gozo. En otras palabras, si tienes una actitud correcta y adecuada de lo que enseña la Biblia, podrás ser feliz como miembro de la iglesia.

Una actitud correcta significa reconocer que ninguna iglesia es perfecta. Es saber que algunos miembros de la congregación nos resultarán irritantes y comprender que ningún pastor ni miembro del personal de la iglesia es perfecto.

Pero, igualmente, servimos y hacemos, y no por una idea legalista de obligación, sino porque desbordamos de gratitud por lo que Dios ha hecho por nosotros a través de Su Hijo.

Entonces, ¿qué es exactamente una actitud correcta? Veamos cuatro ejemplos bíblicos.

La actitud correcta: *Soy un miembro unificador de la iglesia*

La salud de cualquier grupo depende de su unidad. Esto es cierto en el caso de los equipos deportivos, para los negocios, es cierto para las familias, y también se aplica a las iglesias.

Pero hay que tener en cuenta algo importante sobre la unidad: solo funciona cuando los individuos han tomado una decisión. Cada persona del grupo tiene que decidir poner el bien del grupo por delante de sus propias necesidades. Solo funciona si las personas tienen la actitud correcta.

Pablo enfatizó la unidad claramente cuando escribió a distintas iglesias. Lee lo que le dijo a la iglesia de Éfeso: «Yo, pues, prisionero del Señor, os ruego que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándoos unos a otros en amor, esforzándoos por preservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz» (Efesios 4:1-3).

Seamos claros. La Biblia nos manda tener una actitud de unidad en la iglesia, pero mira lo que se necesita para lograrlo: humildad, mansedumbre, paciencia y soportarnos unos a otros en amor. ¿Alguna vez fuiste a una reunión administrativa de la iglesia donde no se cumplían alguno o varios de estos requisitos? ¿Alguna vez fuiste a una reunión donde no se cumplía ninguno? ¿Has asistido a

una reunión administrativa de la iglesia donde se mostrara una verdadera humildad?

La unidad requiere humildad. Esto significa ver a los demás como mejores que nosotros.

La unidad requiere mansedumbre. Esto implica controlar nuestro temperamento y ser amables con los otros miembros de la iglesia, sin importar si nos caen bien o no.

La unidad requiere paciencia. Esto significa ser tolerantes, incluso cuando la conducta y la actitud de los demás nos frustren o nos desconcierten.

La unidad también requiere que nos soportemos unos a otros en amor. Para esto, es necesario aceptar a los demás en forma incondicional. No significa que vayamos a aprobar conductas pecaminosas. Pero sí quiere decir que debemos demostrar mucha gracia.

Bueno, lo admito. Acabo de leer lo que escribí. Miré los requisitos de la unidad y pensé: «¡De ninguna manera!». No puedo ser humilde, manso, paciente y tolerante con algunas de las personas que conozco.

Y después, lo recuerdo.

Recuerdo cuánto me ama Cristo. Me acuerdo de cómo murió por mí, aunque no lo merecía.

Eso es la gracia. Un favor absolutamente inmerecido. Con la fortaleza de Cristo, puedo tener una actitud de unidad. Ciertamente, debo tener una actitud de unidad.

La actitud correcta: *Soy un miembro que se sacrifica por la iglesia*

Si tenemos alguna duda respecto a esta actitud, veamos las palabras de Filipenses 2:5-8: «Haya, pues, en vosotros esta actitud que hubo también en Cristo Jesús, el cual, aunque existía en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres. Y hallándose en forma de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz».

Vuelve a leer estas palabras lentamente. Debemos tener la actitud de Cristo, la actitud sacrificada que lo llevó a morir en una cruz.

Quisiera haberle hecho muchas preguntas a mi papá antes de su muerte. Desearía haberle insistido en que me contara más sobre su

vida.

Ahora, quiero saber más sobre cómo se sacrificó por sus hermanos cuando su madre falleció y él solo tenía diez años. Su padre, un alcohólico, se dedicó a la bebida hasta que murió.

Ahora, quiero escuchar más sobre cómo se sacrificó por su país. Fue artillero de torreta en un avión B12 durante la Segunda Guerra Mundial. Fue herido y lo condecoraron con un Corazón Púrpura. También recibió otras medallas de valor.

Ahora, quiero escuchar más sobre cómo se sacrificó por su hogar, un pequeño pueblo en el sur de Alabama. Quiero saber más sobre sus años como alcalde, cuando guió a su pueblo en medio de las turbulentas décadas de 1960 y 1970, cuando las tensiones raciales estaban en pleno auge.

Pero papá murió cuando yo tenía 28 años. No le hice todas las preguntas que quería hacer. No llegué a escucharlo relatar todas sus historias de valor y sacrificio.

Como verás, cuando nos sacrificamos, nos parecemos más a Cristo. Aprendemos que la mayor alegría viene de poner a los demás por delante de nosotros mismos.

Por cierto, Pablo les escribió estas palabras a miembros de la iglesia de Filipos. Lo escribió en el claro contexto de la actitud de los miembros de la congregación. Ellos debían tener una actitud de sacrificio. Fue un mandato claro y poderoso para los miembros de la iglesia hace 2000 años.

Y lo sigue siendo para nosotros hoy.

La actitud correcta: *Soy un miembro que ora*

Su nombre es Liliana. Cuando empecé a pastorear una iglesia en St. Petersburg, en Florida, inmediatamente noté su actitud. Era evidente. Me informó que estaría orando por mí y por mi ministerio todos los días. Y lo dijo en serio.

No me cabe duda de que Liliana oró por mí. Estoy seguro de que sus oraciones fueron una de las razones por las que mi ministerio en St. Petersburg fue tan bendecido.

El apóstol Pablo conocía el poder que tiene la oración en la iglesia. Escribió estas poderosas palabras a la iglesia en Colosas: «Por esta razón, también nosotros, desde el día que *lo* supimos, no hemos cesado de orar por vosotros y de rogar que seáis llenos del

conocimiento de su voluntad en toda sabiduría y comprensión espiritual, para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, dando fruto en toda buena obra y creciendo en el conocimiento de Dios» (Colosenses 1:9-10).

Pablo tenía una actitud de oración y quería que todos los miembros de la iglesia la tuvieran también.

Déjame recordarte esta actitud de oración en el contexto de 1 Timoteo 3:7: «Se requiere además que hablen bien de él los que no pertenecen a la iglesia, para que no caiga en descrédito y en la trampa del diablo» (NVI). Esta frase es uno de los requisitos para un pastor. Debe tener una buena reputación entre los que no pertenecen a la iglesia, es decir, los no creyentes. Luego, el versículo se refiere a «la trampa del diablo».

La palabra «trampa» no aparece muchas veces en la Biblia. Las trampas nunca se colocan sin querer. Son una amenaza estratégica y poderosa de Satanás para derribar a pastores y a líderes de la iglesia. Se trata de una amenaza real, una amenaza potente.

Entonces, ¿cómo respondemos? La Biblia deja en claro que peleamos en esta batalla espiritual con nuestra fortaleza espiritual: la oración. Inmediatamente después, Pablo le indica a la iglesia que se coloque toda la armadura de Dios para pelear en la guerra espiritual y cierra con una exhortación a orar: «Con toda oración y súplica orad en todo tiempo en el Espíritu, y así, velad con toda perseverancia y súplica por todos los santos» (Efesios 6:18).

En la iglesia, puedes tener toda clase de actitud. Una de ellas, es la actitud de oración.

*La actitud correcta: Soy un miembro gozoso de la iglesia*

¿Alguna vez notaste que las personas agradecidas son personas gozosas? Pablo le mandó a la iglesia en Filipos que se regocijara, y relacionó el espíritu de gozo con una actitud de acción de gracias: «Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez lo diré:

¡Regocijaos! Vuestra bondad sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca. Por nada estéis afanosos; antes bien, en todo, mediante oración y súplica con acción de gracias, sean dadas a conocer vuestras peticiones delante de Dios. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento,

guardará vuestros corazones y vuestras mentes en Cristo Jesús» (Filipenses 4:4-7).

Pablo nos habla con claridad: si queremos tener gozo en nuestras vidas, tenemos que ser amables y bondadosos. Debemos orar en lugar de preocuparnos. Y, cuando oramos, tenemos que hacerlo con un espíritu de acción de gracias.

¿Alguna vez viste a un MIQ? Es mi acrónimo para «miembro de iglesia quejoso». Son los miembros más propensos a hacer reclamos en las reuniones administrativas de la iglesia. Son los incesantes críticos del pastor y su personal. Son los miembros que creen que la iglesia es una organización donde pueden pagar su cuota y obtener los beneficios y privilegios. Y, cuando no lo logran, se ponen quejosos y divisivos.

Comparémoslos con el MIG («miembro de iglesia gozoso»). Un miembro gozoso da gracias por lo que tiene. Se muestra agradecido por la libertad y la oportunidad de adorar con los demás creyentes. Es una fuente constante de aliento para los pastores, el personal de la iglesia y los otros miembros de la congregación.

El MIG está siempre agradecido. El MIQ siempre tiene una razón para quejarse y sentirse frustrado. El MIG busca oportunidades para alentar y dar. El MIQ siempre encuentra los defectos en todo.

Por eso, uno es gozoso y el otro es quejoso. Todo es cuestión de actitud.

Cuando recibimos el regalo de la salvación, pasamos a formar parte del cuerpo de Cristo. Lee cómo describe la Biblia este regalo: «Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular. Y a unos puso Dios en la iglesia» (1 Corintios 12:27-28a RVR1960).

¿Entendiste eso? Cuando recibiste el regalo gratuito de la salvación, también recibiste el don de la membresía en el cuerpo de Cristo.

La membresía en el cuerpo de Cristo, la Iglesia, es un regalo de Dios, y cuando recibimos un regalo, tenemos que estar alegres y agradecidos.

Todo es cuestión de actitud.

Es hora de pasar del «ser» al «hacer»

Tu actitud determina lo que eres: Soy una persona gozosa. Soy una persona enojada. Soy agradecido. Soy celoso.

Entiendes a qué me refiero. Nuestras actitudes son el cimiento de nuestras acciones. Si soy una persona gozosa, no me costará alentar a los demás. Si vivo enojado, mi tendencia será criticar a otros.

Déjame volver a la historia inicial de este capítulo y permíteme hablar de mi matrimonio con Nellie Jo desde mi perspectiva.

Imaginemos que tengo todas las actitudes saludables. La amo incondicionalmente. Me concentro en sus puntos fuertes en lugar de sus flaquezas. Doy gracias por ella, por el regalo de Dios que es para mí.

Y ahí queda todo.

Nunca la sirvo. Nunca la invito a un paseo. Jamás le digo palabras de aliento. Casi nunca paso tiempo con ella.

Entonces, ¿qué podría pensar Nellie Jo de mis buenas actitudes? Tendría razón si pensara que son fingidas e hipócritas. Comenzaría a dudar de mi compromiso. Se preguntaría si estoy verdaderamente comprometido con nuestro matrimonio.

Quizás, muchos de ustedes, como miembros de una iglesia, tienen una buena actitud. Tal vez no sean de los que se lamentan, se quejan, regañan y hacen pucheros. Quizás, tu corazón sí esté en el lugar correcto.

Entonces, responde una pregunta sencilla: ¿Tus acciones reflejan tu actitud? En caso de que te preguntes adónde quiero llegar, permíteme ofrecerte un ejemplo.

Hace varios años, considerábamos que los miembros más activos de la iglesia eran los que asistían a la congregación unas tres veces por semana. Algunos participaban de un estudio bíblico o asistían a una reunión de adoración los domingos por la mañana. Otros regresaban para algún evento el domingo por la noche o una actividad el miércoles.

¿Sabes cuánto ha cambiado esta perspectiva en unos pocos años? Hoy, muchos expertos definen como miembro activo de una iglesia a alguien que asiste a eventos o reuniones de la congregación al menos tres veces al mes.

¿Escuchaste eso?

¡Ahora, un miembro activo de la iglesia no es más el que asiste tres veces a la semana sino el que asiste tres veces al mes! Me

imagino algunas objeciones que podrían surgir: «¡No transformemos esta cuestión en una obligación legalista! ¡No necesitamos una lista de actividades para estar cerca de Dios!».

Lo comprendo. Pero déjame hacerte esta pregunta. ¿Tu cónyuge pensaría que sigues consagrado a él si decidieras reducir tu tiempo con él en un 75%? Eso es lo que está sucediendo incluso con algunos de nuestros miembros más comprometidos de la iglesia.

Ya es hora. Es momento de tomar una decisión. Necesitamos una revolución de la membresía en la iglesia. No porque tengamos una obligación legalista. No porque equiparemos las actividades con el compromiso. Sino porque una buena actitud hacia tu iglesia, la esposa de Cristo, te llevará a actuar por su bienestar.

¿Te unirás a mí en esta revolución? ¿Considerarás en oración esforzarte al máximo para comprometerte con Cristo a través de Su Iglesia? ¿Serás parte de un movimiento que cambie el mundo a medida que el cuerpo de Cristo se una con el vigor de un esfuerzo y un celo renovados?

Ya es hora. Cristo llama a todos los miembros de la Iglesia a negarse a sí mismos y a servir a otros en amor a Él. Al hacerlo, la Iglesia se transforma en nuestra prioridad y nuestro centro, como lo era en el Nuevo Testamento.

Escucha atentamente este llamado de Dios. Escucha cómo puedes discernir tu compromiso con Su Iglesia. Y cuando empieces a comprender los planes de acción que Él ha preparado para ti, responde con dos palabras sencillas:

Me comprometo.

#### *Puntos para reflexionar*

1. Explica cómo Efesios 4:1-3 se aplica al contexto de nuestra relación con los demás miembros de la iglesia.
2. ¿Por qué te parece que, en la actualidad, los miembros de la iglesia están menos comprometidos con sus congregaciones que hace algunos años?
3. Vuelve a leer Filipenses 2:5-8. ¿Qué relación hay entre este pasaje y nuestro compromiso actual con nuestra iglesia?
4. ¿Te parece que tu compromiso con la iglesia es mayor o menor hoy en comparación con cinco años atrás? ¿Por qué?



## Capítulo 2

# Me comprometo a adorar con otros

Su compromiso era admirable.

Tomó la decisión de asistir. No estaba dispuesto a perderselo. Ese día, el clima estaba horrible: llovía sin cesar y hacía mucho frío, pero él salió a pesar de ese clima.

A causa del mal tiempo, llegó un poco más tarde. También le costó llegar a su asiento. Sin embargo, no se dio por vencido. El asiento no era cómodo, pero él no se fue ni se quejó. Su presencia allí era un claro reflejo de su amor y de su compromiso.

Se mostró alegre todo el tiempo. Disfrutó la presencia de los fieles que lo acompañaban. Su actitud, su presencia y su entusiasmo reflejaban un compromiso profundo y duradero.

Estaba en un partido de fútbol americano universitario un sábado por la tarde. Al día siguiente, no asistió a la reunión de adoración de la iglesia. Estaba demasiado cansado por el partido y había un 40% de probabilidades de lluvia.

Con los demás

La verdadera adoración fluye del corazón como reconocimiento y respuesta frente a la magnificencia de Cristo y al comprender la gracia que se encuentra únicamente en el evangelio. Abrazar estas verdades mediante la experiencia práctica de la vida cotidiana es imperativo en nuestra relación con Dios.

Aunque la verdadera adoración siempre se manifiesta en la respuesta individual frente a la majestad de Dios, la verdadera adoración bíblica se produce al experimentarla con otros creyentes. Es lo que llamamos adoración colectiva o, como algunos lo llaman en lenguaje coloquial, «ir a la iglesia».

Me encanta leer la historia de las primeras iglesias en el libro de Hechos y las cartas de Pablo a las distintas congregaciones. Poco tiempo después de que Pedro predicó su sermón en Pentecostés, en Hechos 2, la iglesia de Jerusalén comenzó a reunirse para adorar en conjunto. Esta descripción en Hechos 2:46-47 es una de mis preferidas:

«Día tras día continuaban unánimes en el templo y partiendo el pan en los hogares, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y hallando favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día al número de ellos los que iban siendo salvos».

¡Eso sí que es «ir a la iglesia»!

Se dedicaban *unánimes* a esta práctica. No se reunían a tildar algunas pautas legalistas. El versículo expresa que su motivación surgía de una pasión del corazón, de un deseo.

Estaban *alegres*. Como tenían los ojos puestos en Dios, la única opción era estar alegres. No iban para tener una experiencia de adoración. Iban para experimentar a Dios en adoración.

Tenían *sencillez de corazón*. Esto significa que ponían a los demás antes que a sí mismos. No iban a quejarse de que el estilo de la música no era el que más les gustaba, de que el sermón era demasiado largo o porque alguien se había sentado en su banco. Estaban allí con un corazón humilde, ante Dios y los demás.

Hallaban *favor con todo el pueblo*. «El pueblo» se refiere a los que no formaban parte de la iglesia; es decir, a los no creyentes, y Dios usó el testimonio y la actitud alegre de los creyentes para obtener un resultado increíble: Y el Señor añadía cada día al número de ellos los que iban siendo salvos.

La perspectiva bíblica de la adoración colectiva difiere mucho de la manera en que se practica actualmente en muchas iglesias. No deberíamos «ir a la iglesia» para satisfacer nuestras necesidades egoístas. Por el contrario, vamos a adorar al único Dios verdadero mientras servimos junto a otros creyentes.

Conoce a los Archibald

Cuando era joven, mi papá quería vacacionar en el mismo lugar todos los veranos: en la playa Panama City, en Florida. Todos los años nos quedábamos en el mismo hotel: el Bel Air, y nos quedábamos la misma cantidad de tiempo: dos semanas. Además, íbamos el mismo mes todos los años: en julio.

Papá sí que sabía cómo tomarse vacaciones. Se desconectaba del trabajo. Pasaba horas en la playa. Iba a pescar a mar abierto, y atrapaba cangrejos que después cocinaba.

A menudo, invitaba a alguna otra familia a ir con nosotros durante una semana o las dos de nuestras vacaciones. Tengo hermosos recuerdos del tiempo que pasamos con los hijos de estas familias. En particular, recuerdo a la familia Archibald. Quizás los recuerdo mejor porque interrumpieron la rutina de mi papá.

Un sábado por la noche, nos dijeron que no participarían de nuestros planes a la mañana siguiente. Irían a la iglesia.

«Un momento —pensé—. Estábamos de vacaciones. Eso significa descansar de todo, incluso de la iglesia. Además, ¿cómo podían ir a la iglesia? Estaban a tres horas de nuestra iglesia local».

Más adelante, entendí mejor el compromiso de los Archibald con la congregación local. Incluso cuando estaban de viaje, encontraban una congregación a la cual asistir. Lo hacían gozosos, no porque se sintieran obligados.

También recuerdo que no intentaron hacernos sentir culpables por no ir con ellos. La decisión era de ellos y de ellos solos. Nos invitaron a acompañarlos, pero no insistieron.

Déjame hacer una pausa para poner esta historia en perspectiva. Esto sucedió hace 50 años, es decir, hace medio siglo. Pero, hasta el día de hoy, recuerdo a los Archibald. Me acuerdo de su espíritu alegre. Recuerdo su compromiso. Y me acuerdo de ese domingo cuando asistieron a la reunión de adoración.

De una participación de mala gana a un compromiso gozoso

En muchas de nuestras iglesias, tenemos que rogarle a la gente que asista a las reuniones. ¡Pero mucha gente tiene excusas injustificables! Como el partido de fútbol americano, el juego de fútbol del hijo, el viaje del equipo de sóftbol, el fin de semana junto al lago, o haber dormido solo cinco horas.

Para muchos cristianos, todas las demás actividades se han vuelto obligatorias, mientras que las reuniones de adoración han quedado como algo opcional y de último momento.

Jesús se encontró con una mujer samaritana junto a un pozo. Ya conoces el relato. Sabes que Jesús conocía la historia de aquella mujer. Ella quedó maravillada. ¿Recuerdas las últimas palabras que el Señor le dijo en Juan 4:23-24? «La hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad;

porque ciertamente a los tales el Padre busca que le adoren. Dios es espíritu, y los que le adoran deben adorarle en espíritu y en verdad».

Esta es una declaración fabulosa del compromiso de la adoración. Es una declaración increíble del deseo mismo de Dios de que nosotros lo adoremos.

La adoración a Dios también se manifestaría en adoración colectiva después de la ascensión de Jesús. Para Dios, es una prioridad y, sin duda, tendría que ser una prioridad para nosotros.

Cuando Pablo escribió su carta a Filemón, habló de «la iglesia que está en tu casa» (Filemón 2). Al igual que en otras cartas, el apóstol le escribió a una iglesia de creyentes que se reunían para adorar a Dios. Por lo que leemos, esta era una práctica libre, esperada y gozosa para los creyentes.

La adoración colectiva no es una opción entre muchas. Tendría que ser una práctica constante y persistente de todos los creyentes. Como lo era para las personas de las iglesias del Nuevo Testamento, lo mismo para los Archibald y lo mismo para ti.

Me comprometo a adorar con otros creyentes.

El terrible desplazamiento de la iglesia motivado por preferencias

No sabría decir la fecha exacta. Personas más inteligentes que yo han intentado explicarlo. En algún momento del siglo xx, los creyentes, en especial en Occidente, comenzaron a desplazarse de una actitud de servicio abnegado y adoración a Dios a actitudes consumistas y egoístas.

Ha sido deplorable.

Algunos le echan la culpa a la secularización cultural. Otros señalan la degradación de la teología en las iglesias, y algunos afirman que los mismos líderes de las iglesias locales han adoptado modelos corporativos y han transformado las iglesias en organizaciones orientadas al consumidor.

Probablemente, haya algo de verdad en las tres explicaciones. Pero de algo podemos estar seguros: en muchas de nuestras reuniones de adoración, el centro no es Dios. Estamos concentrados en nosotros mismos, en nuestras necesidades y preferencias.

Fíjate si te sientes identificado con alguno de estos comentarios de miembros de la iglesia. Están tomados de mi blog, en ThomRainer.com.

*Esa música no es del estilo que acostumbro escuchar. Si no cambian las cosas, me voy de esta iglesia.* Las batallas por los estilos de adoración han hecho estragos en muchas de nuestras congregaciones. Las iglesias se han separado. Los miembros han dejado de asistir. Las reuniones administrativas en la iglesia se han transformado en altercados verbales. Los pastores y los líderes de alabanza han sido forzados a dejar sus trabajos.

No, no estoy sugiriendo que está mal que tengamos preferencias de estilos de adoración y música. Sin duda, es bueno que haya libertad para expresar nuestra opinión, pero sé que no se le puede atribuir a la adoración la falta de educación, las palabras ásperas y las iglesias divididas. Estas son conductas pecaminosas y egoístas.

*No me gusta cómo predica el pastor.* Bueno, permítanme ser franco. Por supuesto, el pastor tiene que predicar la Palabra, pero los miembros de la iglesia que se conducen según sus preferencias tienen sus propias ideas de cómo deben ser las cosas. Quieren que el sermón dure determinada cantidad de tiempo. Desean que su pastor imite al predicador más popular que está de moda. Es más, muchos miembros de la iglesia quisieran proponer sus propios textos y temas para que se prediquen cada semana. Su intención no es adorar a Dios cuando se predica Su Palabra. Al contrario, tienen motivaciones egoístas. Han dejado de mirar a Dios para mirarse a sí mismos. No están adorando con los demás creyentes.

*No me siento cómodo en las reuniones de adoración.* «Alguien está sentado en mi lugar». «Los almohadones de las sillas son incómodos». «No me gustan los horarios de las reuniones». «La música está demasiado fuerte». «Las sillas están demasiado juntas».

Entiendes a qué me refiero. El tiempo de adoración colectiva gira alrededor de mí. Se trata de mis necesidades, mis preferencias y mis deseos. Es difícil encontrar a Dios en esta situación. Lo más importante somos nosotros y Dios sale del centro.

Es hora de abrazar la adoración colectiva

Una de las muchas posibles definiciones de la palabra «colectivo» es «relativo a un grupo unido que se reúne para un bien superior». Cuando adoramos, concentramos nuestro corazón en Dios. Cuando adoramos con otros, tenemos que poner el corazón en Dios junto

con los demás creyentes. Hay algo poderoso, incluso milagroso, cuando los creyentes se unen para adorar a Dios.

Entonces, ¿qué podemos hacer para garantizar un verdadero compromiso con la adoración colectiva? ¿Cómo podemos dejar de mirarnos a nosotros mismos y empezar a mirar a Dios? Considera los siguientes cuatro pasos sencillos para la acción y la rendición de cuentas.

*Asistiré a las reuniones de adoración.* Es así de sencillo. Es increíble cómo hacemos algo cuando se transforma en nuestra prioridad. Algunas personas quizás hayan descuidado la prioridad de la adoración colectiva. Cualquier cosa se transforma en una excusa para no asistir. Fíjate en lo que sucede cuando los deportes, el entretenimiento y las vacaciones tienen una menor prioridad que la adoración colectiva. Observa qué sucede si tomas el firme compromiso con Dios de asistir todas las semanas a las reuniones de adoración.

*Oraré antes de asistir a las reuniones de adoración.* Algunas veces, quizás ore la noche anterior. En otras ocasiones, puedo orar la misma mañana de la reunión. Oraré por mi propia actitud de adoración. Le pediré a Dios que me hable en medio del servicio de adoración. Oraré por las demás personas que estén allí. Oraré por mi familia, para que no tengamos conflictos o problemas antes de asistir.

*Oraré al entrar en el centro o santuario de adoración.* Una vez más, oraré por mi propio corazón y actitud. Volveré a pedir por los demás creyentes que adoran a Dios conmigo. Oraré por los no creyentes, para que entiendan el evangelio y para que el Espíritu de Dios los convenza de pecado y de su necesidad de un Salvador. Por último, oraré para que no haya distracciones y para que todos podamos concentrarnos en adorar a Dios en espíritu y en verdad.

*Oraré para ser un adorador y no un juez.* Demasiadas veces, nos vamos de una reunión de adoración como si acabáramos de juzgar un evento olímpico. Le damos un «siete» al pastor por el sermón o un «seis» al líder de la alabanza por la música. Y tal vez, le demos un «tres» a otros adoradores porque no nos dejaron sentarnos más cómodamente.

Si nos vamos de la iglesia con estas percepciones tan críticas, no hemos adorado a Dios. En cambio, hemos asistido a una reunión

para entretenernos. Tenemos que orar para que podamos adorar a Dios en lugar de juzgar aspectos de las reuniones de adoración. Y debemos pedirle al Señor que podamos concentrarnos en Él en vez de enfocarnos en los demás.

### La revolución de la adoración colectiva

Es una realidad tan triste como sorprendente. Muchas de nuestras congregaciones consideran que sus miembros son activos si solo asisten dos veces al mes, una vez al mes o casi nunca. En unas pocas décadas, los niveles de compromiso con la adoración colectiva han decaído precipitosamente.

Es hora de una revolución de la adoración colectiva. Es momento de transformar ese tiempo de comunión con los creyentes en una prioridad. Es momento de dejar de pensar que ir a adorar con el pueblo de Dios es opcional.

Es tiempo de pedirle a Dios que corrija nuestros corazones para que deseemos adorarlo con otros creyentes y no por una obligación legalista. Es momento de exhortar a otros en la congregación a priorizar la adoración colectiva. Verdaderamente, es hora de una revolución de la adoración colectiva.

¿Te unirás a mí y a millones de personas en esta revolución? ¿Estás dispuesto a hacer de esto una prioridad en tu vida? Es mi deseo que podamos anunciar a viva voz nuestro compromiso, con el celo y la sinceridad que Dios nos ha dado.

Me comprometo a adorar con otros.

#### *Puntos para reflexionar*

1. Reflexiona sobre el compromiso cada vez más débil de asistir a reuniones de adoración en las últimas décadas. ¿Cuál te parece que es la razón?
2. ¿Qué pasos inmediatos pueden dar tú y los demás miembros de la iglesia para comprometerse más con la adoración colectiva?
3. Lee Hechos 2:41-47. ¿Por qué los creyentes de la iglesia primitiva estaban tan comprometidos?
4. Lee Juan 4:21-24. ¿Qué quiso decir Jesús al hablar de adorar a Dios «en espíritu y en verdad»?

## Me comprometo a crecer junto con otros

Hacía 32 años que no pisaba esa iglesia.

Entré en la Iglesia Bautista Agua de Vida en Anniston, Alabama, y me sentí honrado de poder predicar en la congregación en su aniversario número 50.

La verdad es que las personas de esta congregación significan mucho para mí, ya que fueron fundamentales para mi llamado al ministerio. Es más, mi familia y yo dejamos atrás el mundo de la banca corporativa para dedicarnos al seminario y poder responder a ese llamado.

Me encantó volver a ver a tantas personas a quienes amaba, a tantos que invirtieron mucho en mí. Entre ellas, se encontraba Esteban.

La manera en que me saludó ese día fue algo graciosa: «¿Recuerdas el balcón?», me preguntó. Por supuesto que me acordaba del balcón. Era el único lugar que quedaba disponible para una clase dominical en esa iglesia en crecimiento. La clase para hombres en la que yo enseñaba se juntaba en el balcón. ¡Qué buena época!

Pero lo importante no es el balcón. Lo importante es la conexión entre Esteban y yo. Después de 32 años, todavía nos sentíamos conectados por haber participado de un grupo juntos. En esa época, lo llamábamos «clase dominical». Algunos todavía usan esa expresión. Otros le dicen «grupos pequeños», «grupos de crecimiento», «grupos caseros», y de muchas otras maneras.

Lo importante es que Esteban y yo desarrollamos en ese grupo una relación para toda la vida. Y aunque hacía más de tres décadas que no nos veíamos, todavía recordábamos el balcón donde se reunía el grupo.

Los grupos en la iglesia: antes y ahora

Retrocedamos más de 34 años. Volvamos atrás 2000 años, a la época en la que la primera iglesia cristiana se formó en Jerusalén. En el capítulo anterior, miramos este pasaje en el contexto de la



adoración colectiva. Ahora, veamos la iglesia en el contexto de los grupos que se reunían en Hechos 2:46: «Día tras día continuaban unánimes en el templo y partiendo el pan en los hogares, comían juntos...».

Observemos los dos contextos en donde se juntaban los primeros cristianos. Se reunían para adorar en el templo y luego se juntaban por grupos en los hogares. La salud de la iglesia primitiva dependía tanto del contexto de reunión más grande como de las reuniones más íntimas. No era una cosa o la otra. Las dos eran importantes.

Esta ha sido una constante en la mayor parte de la historia de la iglesia. Los creyentes se reunían tanto en grupos grandes como en grupos más reducidos. Por supuesto, siempre hubo excepciones, como cuando las iglesias tuvieron que reunirse en forma clandestina para escapar de la persecución; pero, en general, los grupos pequeños siempre han sido un factor importante para la salud de la iglesia.

Adelantemos 2000 años.

Hace unos años, tuve mi propio despertar respecto al poder de los grupos, mientras lideraba un proyecto de investigación. Más adelante, publicaría mis hallazgos en mi libro *High Expectations* [Grandes expectativas]. Le pedí a mi equipo de investigación que analizara los registros de cientos de miembros de la iglesia que se habían unido a sus congregaciones en los cinco años anteriores. Luego, les pedimos a las personas que trabajaban en estas iglesias que identificaran a los miembros que asistían solo a las reuniones de adoración y a los que también participaban de un grupo.

Los resultados fueron sorprendentes.

Tras cinco años de asistir a la iglesia, los miembros que participaban de algún grupo tenían una probabilidad cinco veces mayor de ser activos en la congregación, en comparación con los que solo asistían a las reuniones de adoración (en la categoría de abandono, no incluimos a los que se mudaron a otra comunidad, quedaron incapacitados o murieron).

Tuve que revisar dos veces los resultados. Eran abrumadores. El 83% de los que se habían unido a la iglesia y participaban de un grupo pequeño seguía activo en la congregación. Sin embargo, solo el 16% de los que solo asistían a las reuniones de adoración seguía en la iglesia cinco años después. He llevado a cabo muchos más

proyectos de investigación y he leído mucho al respecto. Los resultados fueron de los más sorprendentes que vi en mi vida.

Esto nos trae de regreso al tema principal de este capítulo. No podemos crecer con eficacia como creyentes si estamos aislados. Aunque, sin duda, es necesario estar en ambientes más grandes de adoración, también necesitamos estar conectados en grupos de la iglesia: grupos pequeños, clases dominicales, grupos de crecimiento, grupos caseros, etc.

¿Por qué? ¿Por qué son tan importantes los grupos para la iglesia local? ¿Qué tienen los grupos que aumenta la integración cinco veces? Hay cuatro factores principales que contribuyen a esto.

### El factor de la relación

¿Recuerdas a Esteban, a quien mencioné en la primera parte de este capítulo? Fue el muchacho que me recordó el balcón. ¿Sabes por qué estoy escribiendo sobre él más de tres décadas después? Porque establecimos una relación sólida al formar parte del mismo grupo durante tres años.

Por supuesto, nos veíamos todas las semanas, pero era más que eso. Nuestro grupo tenía divertidos tiempos de comunión en las casas de sus integrantes. Asistíamos juntos a partidos de béisbol. Servíamos juntos en el ministerio y en proyectos misioneros.

Había una conexión. El grupo que teníamos en común nos conectaba.

Ahora, voy a decir algunas cosas bastante osadas sobre los grupos, sobre la iglesia y sobre ti. No te ofendas. Solo escúchame.

Si no eres parte de un grupo, no estás verdaderamente comprometido con tu iglesia. Si no estás en un grupo, en el mejor de los casos, eres un miembro marginal de la congregación. Si no estás en un grupo, es muy probable que termines abandonando la iglesia.

Si no formas parte de un grupo, quizás sea porque eres un cristiano perezoso. Eso significa que podrías volverte increíblemente haragán y perder tu compromiso como cristiano. Podrías dejar de estar dispuesto a crecer espiritualmente junto con otros creyentes. Si crees que el cristianismo al estilo «llanero solitario» es aceptable para Dios, tienes que volver a leer el Nuevo Testamento. Es hora de que millones de miembros de la iglesia se conecten y establezcan relaciones, al participar de un grupo.

## El factor ministerial

Una de las razones por las que tenía una relación tan cercana con muchos de los jóvenes de mi grupo pequeño en la Iglesia Bautista Agua de Vida es que participábamos juntos del ministerio y las misiones.

En nuestra congregación, se esperaba que todos los grupos adultos actuaran como una iglesia dentro de la iglesia en muchos sentidos. Así que nos cuidábamos unos a otros. Cuando mi esposa volvía del hospital a casa después de tener a cada uno de nuestros hijos, siempre había alguien del grupo que nos ofrecía comida y oración.

No dejábamos que nadie pasara necesidad. Recuerdo cuando Jorge perdió su trabajo. Los hombres de su grupo recolectaron dinero para sostenerlo financieramente a él y a su familia. Jamás olvidaré a la familia que nuestro grupo «adoptó»: una mamá sola con cinco hijos. Su esposo la había maltratado y luego la había abandonado. Los hombres del grupo y nuestras esposas nos transformamos en su segunda familia. Nuestro grupo la ministró durante dos años hasta que volvió a casarse y a salir a flote.

Esas son solo algunas de mis experiencias. Historias como estas han sido y serán reproducidas millones de veces por miembros de la iglesia en todo el mundo. El cuerpo de Cristo funciona más como el cuerpo porque gran parte del ministerio se realiza en los grupos.

Dicho de manera sencilla, es más fácil ministrar a personas que conoces bien. Por lo tanto, la principal manera en que podemos conocer bien a otros miembros de la iglesia es estando con ellos en un grupo.

## El factor didáctico

Se pueden aprender las verdades de la Escritura de muchas maneras, pero hay tres que han sido una constante a lo largo de la historia de la Iglesia. Por supuesto, la predicación de la Palabra es fundamental. Muchas veces, Pablo habló de la importancia de la predicación. Por ejemplo, le escribió a la iglesia de Corinto: «cuando llegué a Troas para predicar el evangelio de Cristo, descubrí que el Señor me había abierto las puertas» (2 Corintios 2:12 NVI).

Cuando nos sentamos a escuchar la predicación de la Palabra, aprendemos las verdades de la Escritura que nos enseña un predicador. Es una de las facetas clave de la adoración colectiva.

También podemos aprender de la Biblia mediante nuestro estudio personal. Mi práctica personal es leer la Biblia todos los días, y leerla entera cada año. Leo porciones del Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento, Salmos y Proverbios cada día. Siempre me sorprende todo lo que aprendo cada día mediante esta práctica que mantengo hace años. Me encanta estudiar la Palabra de Dios.

La tercera manera más común es aprender la Biblia en un grupo pequeño dentro de la iglesia. Algunos de los momentos de enseñanza más poderosos y conmovedores pueden surgir al interactuar con otros que están estudiando el mismo pasaje. Sin dudas, Proverbios 27:17 se aplica a los que interactúan dentro de un grupo: «El hierro con hierro se afila, y un hombre aguza a otro».

Juan fue mi maestro de estudio bíblico en grupos pequeños. Él es mi maestro favorito de todos los tiempos. Hace muchos años, nos escuchaba con paciencia a cada uno mientras intentábamos abordar pasaje tras pasaje. Al mirar atrás, me doy cuenta de lo descabellados que eran algunos de nuestros debates, incluidos los que yo inicié. Juan nunca nos habló con aires de superioridad. Nunca nos hizo sentir mal por nuestras travesías bíblicas.

Juan hacía preguntas. Buenas preguntas. Preguntas que nos hacían pensar.

Así que dejábamos que el hierro afilara el hierro. Aprendíamos unos de otros. Nos alentábamos mutuamente y también nos desafiábamos.

Lo hacíamos porque estábamos en el mismo grupo. Los grupos son importantes.

El factor evangelístico

No todos los grupos son evangelísticos, pero cualquiera puede serlo. Permíteme ilustrar este punto.

Rogelio es introvertido. Lo comprendo perfectamente porque yo soy igual.

Rogelio sabía que la Escritura le mandaba compartir el evangelio con los demás. Y sabía también que su carácter introvertido no era una excusa para desobedecer.

Se sentía avergonzado cuando salía a comer con Gerardo, quien podía iniciar una conversación prácticamente con cualquier persona. Escuchaba y miraba cómo Gerardo hablaba con el mozo. Se sorprendía al ver la facilidad con la que su amigo llevaba la conversación hacia el evangelio. Casi siempre lo hacía sin problemas.

Así que Rogelio lo intentó. Lo intentó con dificultad. Lo intentó y fracasó. Y se sintió terriblemente mal. Entonces, ya no lo intentó más.

Un día, Rogelio estaba hablando con su vecino, Tomás. Sabía que Tomás no era cristiano. Es más, su vecino le había dicho de mala manera que no creía que Jesús fuera el Hijo de Dios.

Entonces, Rogelio abordó la situación de otro modo. Simplemente, le dijo: «Tomás, no quiero obligarte a tener una conversación que nos resulte incómoda a los dos. Déjame hacerte una pregunta. ¿Estarías dispuesto a venir a mi grupo de estudio bíblico durante un par de semanas? Los muchachos son geniales; a algunos ya los conoces. Si no te gusta, puedes dejar de venir».

Para sorpresa de Rogelio, a la semana siguiente, Tomás apareció en el grupo. Y la otra. Y la otra también.

Rogelio se sorprendió aún más cuando Tomás empezó a asistir a las reuniones de adoración. Llevó a su esposa y a sus dos hijas.

Y para seguir con las sorpresas, Tomás aceptó a Cristo en su vida y se unió a la iglesia. Su esposa y sus dos hijas adolescentes también lo hicieron.

Sí, Rogelio es introvertido. Pero puede invitar a alguien a su grupo de estudio bíblico. En este caso, quedó maravillado. Cuatro personas se convirtieron a Cristo, y todo comenzó cuando Tomás empezó a asistir a un grupo. Los grupos son importantes.

Por qué son importantes los grupos

Podríamos dedicar todo este libro a hablar de la importancia de los grupos. Por ahora, concentrémonos en cuatro cuestiones relevantes relacionadas con ellos.

*En primer lugar, la salud de la iglesia está directamente relacionada con la salud de los grupos dentro de la congregación. Si no estás en un grupo pequeño, una clase de escuela dominical o algún otro tipo de grupo, no estás contribuyendo a la salud de la*

iglesia. Es más, no estás haciendo todo lo que podrías hacer por tu propia salud espiritual. Aunque crecemos espiritualmente durante nuestro tiempo de devocional personal, también lo hacemos al relacionarnos con otros. En una iglesia saludable, necesariamente, un gran porcentaje de la gente que concurre a adorar participa de algún grupo.

*En segundo lugar, los grupos de la iglesia ayudan a cerrar la puerta de atrás.* Que no se te pase esto por alto. Alguien que está integrado a un grupo pequeño de la iglesia tiene una probabilidad cinco veces mayor de permanecer activo en la congregación que alguien que solo asiste a las reuniones de adoración.

Piensa en las repercusiones de esta estadística. Esa persona que forma parte de un grupo pequeño tiene una probabilidad cinco veces mayor de participar del ministerio. Una probabilidad cinco veces mayor de compartir su fe. Una probabilidad cinco veces mayor de alcanzar una comprensión profunda de la Biblia. Y una probabilidad cinco veces mayor de escuchar el evangelio.

Entonces, el único problema no es cerrar la puerta de atrás. Se trata de que los creyentes tengan una relación más profunda con Cristo. Se trata de que las iglesias se vuelvan más saludables.

Se trata del poder de los grupos.

*En tercer lugar, como miembro de la iglesia, deberías estar comprometido a formar parte de un grupo pequeño.* Déjame aclarar algo. Si no formas parte de un grupo pequeño o de una clase dominical, no estás verdaderamente comprometido con tu iglesia. Eres un miembro marginal o periférico. Quizás estés en la reunión más grande de adoración colectiva, pero no formas parte de una comunidad.

No olvides que, si no participas de un grupo en tu congregación, es más probable que la iglesia te desilusione. Es más factible que te vuelvas crítico en lugar de alentador. Y podrías terminar yéndote de tu iglesia.

*En cuarto lugar, todas las personas de un grupo deberían invitar a otros a asistir.* Este tema no capta mucho la atención últimamente. Pero invitar a otras personas a unirse a un grupo es una de las maneras más eficaces de alcanzarlas e integrarlas. La evangelización a través de los grupos aborda el asunto del crecimiento y la integración.

Es sencillo pero profundo. Los grupos son de suma importancia para la iglesia. Y los miembros de la iglesia tienen que formar parte de algún grupo para estar verdaderamente comprometidos.

Unas palabras para los líderes de la iglesia

Hasta ahora, me dirigí a los miembros de la iglesia en general.

Antes de terminar este capítulo, quiero decirles algo a ustedes, los líderes de la iglesia.

Líder de la iglesia, mi pregunta es sencilla y espero que profunda. ¿Estás llevando a tu iglesia o a tu área de ministerio hacia una mayor conciencia y énfasis en los grupos? ¿Fomentas y animas los grupos pequeños, los grupos de crecimiento, las escuelas dominicales o como sea que se llamen los grupos que tiene tu iglesia?

En este capítulo, leíste sobre la importancia de los grupos. Si estás desatendiendo tu liderazgo para los grupos de tu iglesia, no estás contribuyendo al bienestar de la congregación.

Líderes y miembros de la iglesia, por favor, abran los oídos.

Los grupos son importantes.

La próxima vez que tengas la oportunidad de unirse a un grupo o liderar un grupo con más eficacia, considera en oración responder sencillamente:

Me comprometo.

### *Puntos para reflexionar*

1. Lee Hechos 2:41-47. ¿En qué sentido los grupos eran uno de los aspectos importantes de la vida saludable de la iglesia en Jerusalén?
2. Analiza las cuatro razones por las cuales son importantes los grupos en la iglesia.
3. ¿De qué tres maneras podemos aprender la Escritura con mayor eficacia? ¿Qué tiene de particular la enseñanza bíblica en grupos?
4. Menciona algunas excusas comunes que dan ciertos miembros de la iglesia para no formar parte de un grupo. ¿Cómo respondes a estas excusas?

## Me comprometo a servir

¿Recuerdas a Ana, a quien mencioné en la introducción? Es la madre sola con tres hijos. Hace poco, se unió a la iglesia Manantial de Vida, después de varios años de estar alejada de la iglesia local.

Aunque el divorcio precipitó su partida de la iglesia Resurrección, hubo otro factor importante en juego. Para resumir, se había cansado de ser una cristiana egoísta. Aunque no se daba cuenta de su actitud en la iglesia Resurrección, sí ha notado la diferencia positiva desde que se convirtió en miembro de la iglesia Manantial de Vida.

Las personas eran diferentes en la nueva iglesia. No, no era una iglesia perfecta, pero era un lugar de gozo y servicio. Mejor todavía, pensó, era una iglesia alegre *gracias a que* los miembros se servían unos a otros.

Hace un tiempo, Ana le contó a Raquel, su vecina y amiga, lo que pensaba. «¿Sabes, Raquel? —comenzó—, he tratado de descubrir la diferencia entre las dos iglesias. Cuando asistía a Resurrección, era como comer postre todo el tiempo. Durante un período, lo disfrutas, pero después, terminas enfermándote por comer tanto. Anhelas la “verdadera” comida».

Siguió diciendo: «Como en Resurrección formaba parte del grupo “selecto”, aprendí a esperar y a exigir cosas. La iglesia giraba alrededor de mí. Francamente, me cansé de ser tan egoísta».

El cambio que experimentó Ana no pasó inadvertido, ni para ella ni para los demás. «Me produce tanta alegría servir a otros», expresó. «Así es la mayoría de las personas que asiste a mi iglesia. No servimos en el ministerio por cumplir con pautas legalistas. Servimos porque el gozo nos motiva a hacerlo».

Antes, para Ana, era un suplicio ir a la iglesia los domingos. Ahora, se despierta con anticipación el día de la reunión. Además, participa de un grupo pequeño y al menos de un ministerio a corto plazo todos los años. Sirve en áreas que la motivan, en lugar de hacerlo porque alguien la manipuló para hacerla sentir culpable.



Todos los miembros de la iglesia Manantial de Vida son así. Se sacrifican. Son serviciales. En general, dicen «me comprometo» cuando se presenta una oportunidad de ministrar.

¿Qué haría Jesús?

Una lectura rápida del Nuevo Testamento te dará una respuesta sencilla a esa pregunta. Concéntrate en la escena de Jesús y Sus discípulos. La madre de Santiago y Juan, identificada en el texto como «la madre de los hijos de Zebedeo», se dirige a Jesús, y le dice con audacia: «Ordena que en tu reino estos dos hijos míos se sienten uno a tu derecha y el otro a tu izquierda» (Mateo 20:21).

Jesús le responde rápidamente que no tiene idea de lo que está hablando. Luego, los otros diez discípulos se muestran indignados con Santiago y Juan. Se avecina una pelea inminente.

Sin embargo, Jesús interviene. El texto dice: «Jesús, llamándolos junto a sí» (Mateo 20:25).

Ahora, lee con cuidado la respuesta del Señor a los doce discípulos. Es poderosa.

«Sabéis que los gobernantes de los gentiles se enseñorean de ellos, y que los grandes ejercen autoridad sobre ellos. No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera entre vosotros llegar a ser grande, será vuestro servidor, y el que quiera entre vosotros ser el primero, será vuestro siervo; así como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos» (Mateo 20:25-28).

¿Escuchaste eso? ¿Entendiste el significado de las palabras de Jesús?

¿Puedo expresar la esencia de estas palabras en un lenguaje contemporáneo para los miembros de iglesia de hoy en día? Espero que no se ofendan demasiado.

«Oigan, miembros de la iglesia. Sé que el mundo les enseña a ponerse en primer lugar. Los insta a buscar la cima, pero *ustedes* no tienen que comportarse así. Dejen de quejarse del estilo de música y de reclamar lo que ustedes quieren. Dejen de demandar que los líderes de la iglesia hagan las cosas a su manera. Dejen de intentar salirse con la *suya* en las reuniones administrativas de la iglesia. Al contrario, pongan a los demás en primer lugar. Dejen sus propios

deseos para lo último. Transfórmense en siervos en lugar de quejarse y reclamar».

Luego, Jesús se mostró como ejemplo de servicio. En lugar de venir a la Tierra como rey político, vino a servir. Por cierto, Su servicio lo llevaría a la cruz. Jesús se hizo pecado. Se hizo cargo de nuestro pecado. Se dejó crucificar en esa cruz ensangrentada por nosotros. Nos sirvió a ti y a mí al morir por nosotros.

Como miembros de la iglesia, debemos dejar de exigir y estar más dispuestos. Tenemos que servir en lugar de demandar que las cosas se hagan a nuestra manera.

Es lo que enseñó Jesús y es lo que Él haría.

Pablo se especializaba en abnegación. Me encantaría que viniera a una de nuestras reuniones amargadas y enseñara unas cuantas cosas. Creo que no tendría ningún problema en abordar el tema de las motivaciones y acciones egoístas.

Filipenses es mi carta preferida de Pablo a las iglesias. Observa que, en esta carta, alguna forma de la palabra «gozo» aparece catorce veces. Sin duda, es una carta de alegría.

¿Y qué estaba haciendo Pablo para experimentar semejante gozo? Estaba en la cárcel. Podía morir. Estaba preocupado por las iglesias y, en medio de todo, estaba alegre.

El apóstol explica el fundamento de su gozo. En Filipenses 2:5-11, nos dice que la verdadera alegría viene de tener una actitud como la de Jesús. Para que no quepa duda de lo que eso significa, Pablo afirma que Su actitud lo llevó a hacerse «obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Filipenses 2:8).

En ese contexto, Pablo explica cómo tenemos que responder los unos a los otros en nuestras iglesias: «Nada hagáis por egoísmo o por vanagloria, sino que con actitud humilde cada uno de vosotros considere al otro como más importante que a sí mismo, no buscando cada uno sus propios intereses, sino más bien los intereses de los demás» (Filipenses 2:3-4).

Pablo lo dijo claramente.

Jesús lo dijo claramente.

Tenemos que servir. Esa es la base del gozo y es lo que los miembros de la iglesia deben hacer.

La revolución del servicio

¿Te animas a sugerirle a tu pastor que la iglesia realice un experimento? Es una prueba de 90 días. Pídeles a los miembros que estén dispuestos a participar que se comprometan. Los participantes asumen el siguiente desafío: durante los 90 días, no pueden pedirle nada a la iglesia y no pueden quejarse de ninguna manera.

Además, tienen que dedicar dos horas a la semana a servir a otra persona. Pueden escribir cartas alentadoras a otros miembros. Quizás puedan visitar y servir a las personas que no pueden salir de sus casas. Podrían trabajar en alguna misión local. También podrían limpiar la iglesia o ayudar a mantener las zonas verdes que rodean el predio de la congregación, recoger basura en la comunidad, participar de un ministerio de oración o quizás trabajar en la guardería o la escuela dominical de la iglesia.

Eso es todo. Durante 90 días, los miembros de la iglesia se comprometen a servir y a concentrarse en los demás. Tienen que dejar a un lado la negatividad y las quejas.

Es evidente que ninguna iglesia logrará que todos se comprometan a hacerlo, pero supongamos que consiguen que 100 personas asuman el desafío de los 90 días. La congregación tendría 100 personas que se abstendrían de quejarse y de expresar negatividad, y habría miembros que servirían a otros durante 2600 horas, en ese período de 90 días.

Sería una revolución; una revolución de servicio, y me animo a anticipar que se desataría tal gozo y entusiasmo que la iglesia no querría regresar a la «normalidad». Sin duda, la revolución del servicio se transformaría en la nueva normalidad. Tu congregación comenzaría a funcionar mejor.

Ahora, amplíemos un poco el panorama. Pensemos en un desafío anual de servicio para la iglesia. Digamos que tu iglesia tiene unos 500 miembros y que 350 se comprometen a servir una hora a la semana durante todo el año.

Haz una pausa y piensa en las repercusiones. El compromiso sería mínimo: solo una hora por semana, 350 miembros se comprometerían a servir 350 horas a la semana durante un año. Es un total de 18 200 horas o, para decirlo de otra manera, sería como si una sola persona sirviera 40 horas a la semana durante 455 semanas o casi 9 años.

La iglesia tendría una revolución; una revolución de servicio.

## El servicio a través de los grupos pequeños

Espero que hayas percibido mi entusiasmo por los grupos pequeños en el capítulo anterior. Es más, espero que hayas visto el increíble poder de estos grupos en acción. Ahora, juntemos los grupos pequeños y el ministerio de servicio y obtendremos un ministerio absolutamente poderoso.

¿Pertenece a un grupo pequeño? ¿A una clase dominical? ¿A un grupo casero? ¿A otra clase de grupo? Cuando tu grupo comienza a servir de manera organizada y en oración, el impacto es aún mayor.

Conozco un grupo que «adoptó» a tres familias con madres solteras que tenían muchos problemas. Sé de otro grupo que adoptó a todo un tercer grado de una escuela pública de bajos ingresos y les proveyó materiales y cuidado de niños a las maestras, los estudiantes y las familias de los estudiantes.

También hay una clase dominical que se encargó de recoger la basura de su pequeño pueblo durante todo un año. Durante la semana, siempre había uno o más alumnos levantando basura al costado del camino.

Las necesidades nunca se terminan. Esto proporciona innumerables oportunidades de servicio. Nos hemos acostumbrado a esperar que el gobierno se haga cargo de la mayoría de las responsabilidades sociales en nuestra cultura. ¿Y si las iglesias y los grupos pequeños tuvieran una revolución de servicio? ¿Cuál sería el impacto en la sociedad y en las iglesias?

## Cómo pasar de «Quiero» a «Me comprometo a servir» en la iglesia

Ya mencioné mi blog anteriormente. En ThomRainer.com, tengo el honor de interactuar con pastores, miembros del personal de la iglesia y líderes laicos. En el transcurso de un año, interactué con más de 7 000 000 de lectores que dejan alrededor de 10 000 comentarios.

Puedo ver lo que piensan muchos de los lectores. La mayoría es sumamente amable. Suelen ser educados, incluso cuando ofrecen críticas constructivas. Uno de los tipos de comentarios o preguntas más frecuentes viene de parte de personas que están en congregaciones como la iglesia Resurrección. Muchos miembros en esa iglesia son egoístas. Son contenciosos. Les gusta salirse con la

suya. Para ellos, la iglesia es como un club social. «Pagué lo que me correspondía, así que sírvanme».

Para mí, la pregunta que surge es la siguiente: «¿Cómo puedo ser un miembro saludable y servicial en una iglesia donde los demás están constantemente mirando hacia adentro?».

Mi respuesta tiene dos opciones. En primer lugar, a veces, es necesario abandonar la congregación. Como regla general, no me gusta eso de ir «saltando» de iglesia en iglesia, pero esto suele suceder cuando una persona no escucha lo que quiere escuchar en la congregación. En otras palabras, la motivación de irse suele ser egoísta en lugar de servicial. Sin embargo, si nuestro objetivo es estar en un lugar donde podamos servir con alegría, quizás sea hora de irnos.

Presta atención a la segunda opción, que es más beneficiosa. Quédate donde estás y transfórmate en un ejemplo de servicio cristiano. Una mujer me contó cómo cambió su actitud cuando comenzó a dar algunos pasos intencionales a fin de servir. Primero, se comprometió a dejar de criticar o juzgar todo lo que sucedía en la iglesia. Segundo, durante su tiempo de oración diario, empezó a pedirle a Dios que pudiera tener una actitud de sierva cada día. Tercero, comenzó a orar diariamente por los líderes y los miembros de la iglesia en particular, incluso por las personas que la irritaban. Cuarto, se comprometió a realizar un mínimo de una hora de servicio en la iglesia todas las semanas.

Siete meses después de tomar este compromiso, me escribió un correo electrónico para contarme cómo iba todo. Este es un extracto de sus comentarios:

«Thom, ¡nunca antes experimenté tanta alegría como miembro de la iglesia! Ya no tengo que preocuparme porque las cosas salgan como yo quiero. Ahora, mi misión es servir a los demás. Es mucho más divertido servir que ser servido. Todavía sigo orando por mi actitud todos los días y sigo orando por personas específicas de la iglesia. Eso ha cambiado muchísimo mi actitud.

»Además, me aseguro de servir en la iglesia de alguna manera al menos una hora a la semana. Me ofrecí para ayudar en la guardería una vez al mes. También, me comprometí para participar del ministerio de visita a los que no pueden salir de su casa y visito al menos a tres personas por mes.

»Sin duda, he aprendido en acción lo que quiso decir Jesús al expresar que los últimos serían los primeros. Estoy última en el sentido de que sirvo a otros en lugar de a mí misma. Pero estoy primera porque recibo un gozo increíble que viene directamente de Jesús».

Sus últimas dos frases fueron poderosas y conmovedoras: «Quisiera haber hecho este esfuerzo hace años. De verdad, he aprendido a experimentar el gozo de Cristo a través del servicio».

Ya es hora

En muchas iglesias, ha habido un cambio lento pero perceptible. Nos hemos aislado en caparazones egoístas y hemos hecho que la iglesia gire a nuestro alrededor.

Ya es hora de un cambio.

Necesitamos un cambio que no venga de una burocracia denominacional o un programa que funcione instantáneamente.

Es hora de que los miembros de la iglesia dejen de criticar los detalles de la congregación y descubran las necesidades que pueden suplir y las heridas que pueden sanar. Es hora de que haya un cambio entre los miembros de la Iglesia en todo el mundo, para que se comprometan a servir en lugar de esperar a que los sirvan.

¡Será una revolución! ¿Te unirás a nosotros? Si lo vas a hacer, considera este compromiso en oración y con total sinceridad:

Me comprometo.

### *Puntos para reflexionar*

1. ¿Por qué crees que tantas iglesias se han vuelto egoístas, como la iglesia Resurrección, en lugar de serviciales, como la iglesia Manantial de Vida?
2. Lee Mateo 20:20-28. ¿Cuál era la motivación de la madre de los hijos de Zebedeo al hacer su pedido a Jesús? ¿Cómo se relaciona este pasaje con el servicio en las congregaciones de hoy?
3. ¿Cómo se aplica Filipenses 2:1-18 al servicio en la iglesia? Asegúrate de prestar especial atención al versículo 14.
4. Repasa la historia de Ana en este capítulo y en el capítulo introductorio. ¿Qué lecciones clave nos enseña a los miembros de las iglesias de hoy? ¿De qué maneras específicas puedes ser un mejor siervo en tu iglesia?

## Me comprometo a ir

**S**olo el nombre de la iglesia ha cambiado. Los hechos no.

La iglesia Twin Springs comenzó como una misión de una congregación más grande del centro. En la década de 1950, cada vez más gente se mudaba a la zona de Twin Springs. Algunos líderes visionarios de la iglesia del centro vieron la posibilidad de reunir a un mayor número de personas en una nueva iglesia en la comunidad que crecía cada vez más. Entonces, la congregación dedicó personas, dinero y tiempo con abnegación.

En 1955 nació la nueva iglesia. Los comienzos de Twin Springs fueron positivos. La congregación creció a un ritmo firme y pasó de ser un grupo de siete familias hasta alcanzar unas 450 personas en promedio. La mayor asistencia se registró en 1985.

Casi nadie notó el deterioro. Al menos, casi nadie dijo nada al respecto. Durante las siguientes tres décadas, la asistencia disminuyó en forma constante. Sin embargo, la mayoría de los miembros no se dieron cuenta.

Pongamos esto en perspectiva. En promedio, cada mes una persona dejaba de asistir. Pero, en el transcurso de 30 años, casi 360 personas dejaron de asistir.

¿Escuchaste eso? ¡Casi 360 personas dejaron de asistir! La que había llegado a ser una vigorosa iglesia con 450 miembros ahora tenía unas 90 personas que asistían los domingos.

¿Qué sucedió? Buena pregunta.

### El diagnóstico

Casi no participé en el asunto, pero el análisis fue bastante sencillo. Comparé el crecimiento de la iglesia con el crecimiento de la comunidad. La comunidad creció rápidamente hasta 1985. La iglesia se benefició de este crecimiento demográfico en Twin Springs, aunque no pudo ir a la par de esta expansión.

Es sencillo, en realidad. Mientras la comunidad crecía, la iglesia crecía. Los miembros y los líderes de la iglesia prácticamente no evangelizaron de forma intencional a la comunidad. La iglesia de

Twin Springs simplemente hizo saber que las puertas estaban abiertas y la gente apareció.

Al menos, hasta 1985.

Probablemente, la iglesia habría crecido con la misma rapidez que la comunidad si hubiera sido intencional en el «ir». Pero tanto los líderes como los miembros se conformaron con una actitud de bienvenida a los que «venían».

La iglesia nunca desarrolló un ADN de evangelización. Casi nunca salían de sus propias paredes. Los miembros comenzaron a mirar únicamente hacia dentro. Se concentraron más y más en su comodidad y sus necesidades. El deterioro fue inevitable y trágico.

Hoy, la iglesia de 90 asistentes se encuentra en un edificio grande que no puede costear. Hace doce años que no tiene un pastor a tiempo completo. Las reservas monetarias se agotaron.

He visto esta situación demasiadas veces. A menos que suceda algo drástico, la iglesia de Twin Springs cerrará sus puertas en unos años.

Esta historia se trata de ti

Sí, lo sé. Esta historia parece tratarse del deterioro de una congregación. Aunque esto es una parte, no es el tema principal. Lo más importante son las personas que estaban y que están en la iglesia. No es un relato institucional. Se trata de mí y se trata de ti.

La iglesia de Twin Springs estaba llena de miembros que tomaron la decisión de dejar que la iglesia girara alrededor de ellos. Pocos miembros invitaron a otras personas a asistir a la congregación. Aun menos compartieron el evangelio con otros hombres y mujeres de la comunidad. La iglesia de Twin Springs estaba concentrada en sí misma.

Cuando una iglesia decae, solemos culpar al pastor o al personal de la iglesia, a otros miembros de la iglesia, a la denominación o a las circunstancias.

La realidad es que el deterioro de esa iglesia es el resultado colectivo de los individuos que no estuvieron dispuestos a «ir». Entonces, la iglesia se transforma en un club religioso en lugar de ser una congregación que obedece la Gran Comisión.

Esta historia se trata de tu Jerusalén



Me imagino que sabes lo que dice Hechos 1:8. Es un relato sobre Jesús después de que resucitó y antes de que ascendiera al cielo. Les deja las siguientes palabras a Sus seguidores: «Pero recibiréis poder cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros; y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra».

Eso fue todo. Esas fueron las últimas palabras de Jesús sobre la Tierra antes de Su ascensión. Sin duda, son palabras importantes. Jesús las pronunció y fueron Sus últimas palabras.

Podríamos dedicarle todo un libro a este versículo pero, por ahora, concentrémonos en la palabra «Jerusalén». No quiero restarles importancia a las misiones y a la evangelización más allá de nuestras comunidades; es decir, a la parte del pasaje que dice: «Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra». Sencillamente, quiero hablar de Jerusalén.

¿Por qué? Jerusalén, por supuesto, es la comunidad inmediata a la iglesia. En muchas de nuestras congregaciones, es la parte más desatendida de nuestro campo misionero. Es más, en un estudio que llevé a cabo hace unos años, nuestro equipo descubrió que menos del 10% de las iglesias en Estados Unidos crece al menos al mismo paso que la comunidad. Dicho de manera sencilla, muchas de nuestras iglesias están perdiendo terreno en la comunidad.

No estamos yendo.

Nuestra respuesta según lo que creemos

Entonces, ¿cuál es nuestra respuesta? Permíteme abordar tres categorías principales: nuestra respuesta según lo que creemos, nuestras objeciones y nuestras acciones.

Ningún creyente o miembro de una iglesia sentirá el apremio de compartir su fe si no cree de verdad que los demás necesitan el evangelio. Déjame ofrecer una ilustración extrema pero que quizás traiga algo de luz.

Supongamos que ves a alguien caminando por el lecho seco de un lago. Tiempo atrás, allí había agua, pero ahora el terreno está seco, duro y polvoriento. ¿Intentarías salvar a esa persona de ahogarse arrojándote a la tierra? Por supuesto que no. Sabes que esa persona no se ahogará, así que no necesita que nadie la salve.

Tenemos que resolver esta cuestión en primer lugar. ¿Crees de verdad que las personas que no son cristianas necesitan ser salvas?

¿Estás convencido de que los que no tienen a Cristo están perdidos? Por eso, Lucas 19:10 lo deja bien en claro: «Porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido».

Me temo que algunos miembros de nuestras iglesias solo hablan de la boca para fuera de la doctrina de la perdición y de la convicción de que Cristo es el único camino para ser salvo. Si estas verdades no están profundamente arraigadas, no sentiremos la urgencia de ir.

Recuerda que Jesús mismo disipó toda duda al respecto. En Juan 14:1-6, el Señor estaba hablando con Sus discípulos sobre la vida eterna, cuando dijo: «No se turbe vuestro corazón; creed en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no *fuera así*, os lo hubiera dicho; porque voy a preparar un lugar para vosotros. Y si me voy y preparo un lugar para vosotros, vendré otra vez y os tomaré conmigo; para que donde yo estoy, *allí* estéis también vosotros. Y conocéis el camino adonde voy».

Pero Tomás no estaba seguro, albergaba dudas, tenía sus reservas respecto a este «camino» y no tuvo reparos en expresar su opinión: «Señor, *si* no sabemos adónde vas, ¿cómo vamos a conocer el camino?».

Entonces, llegan las palabras de Jesús que disipan toda incertidumbre. Esas palabras tan precisas y poderosas. «Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí».

Ahí lo tienes. Las palabras vienen directamente de Jesús. Estas palabras son el evangelio, la buena noticia. Hay un camino, pero es el único camino.

¿Lo crees de verdad?

¿Estás convencido de que Cristo es el único camino a la salvación? ¿Tus acciones reflejan lo que crees? ¿Estás saliendo a compartir tu fe en palabras y en obra en forma constante y con urgencia?

Nuestra respuesta a las objeciones

Te encuentras con ese amigo o esa persona en el trabajo. Piensas en invitarlo a la iglesia o en conversar de temas espirituales o en regalarle una Biblia. Pero nunca lo haces. ¿Por qué?

Empiezas a racionalizar. Obstaculizas tu convicción con objeciones. Entonces, nunca le mencionas el tema. Jamás lo invitas a la iglesia.

Hay varias objeciones que nos planteamos. Encajan mejor en la categoría de las excusas.

*No es mi don espiritual.* ¿En serio? Crees que no tienes un don espiritual para la evangelización, así que decides dejarles esa responsabilidad a otros. Piensa en la incoherencia lógica de esa objeción. ¿Te parece que los que no tienen el don de la misericordia no deberían ser misericordiosos? Por supuesto que no. ¿Crees que la persona que no tiene el don de la generosidad no debería dar? Todos somos llamados a obedecer la Gran Comisión. Eso me incluye a mí y también a ti.

*Para eso les pagamos a nuestro pastor y al personal de la iglesia.* Solía pensar que esta objeción era más una actitud que una cuestión que se expresaba, pero cuando empecé a ofrecer asesoramiento en la iglesia, lo escuché varias veces. En una oportunidad, le pedí a una persona que me mostrara en la Escritura dónde decía que la evangelización y salir a predicar se limitaban al pastor. ¿Su respuesta? «Es sentido común. Todo el mundo sabe que para eso se les paga a los pastores».

*No tengo tiempo.* Si no tenemos tiempo para compartir el amor de Cristo es porque no es realmente una prioridad en nuestra vida. Es una pregunta sencilla: ¿Hay algo más importante que buscar que una persona se relacione con Jesús como Señor y Salvador? Si nada es más importante, ¿cómo podemos no tener tiempo para hacerlo?

*No quiero imponerles mis creencias a los demás.* Esta objeción me parece sumamente fastidiosa. ¿Te imaginas al apóstol Pablo de pie ante una multitud, diciendo: «Tengo una excelente noticia, pero no quiero imponerles mis creencias. No diré lo que pienso. Después de todo, la religión es una cuestión privada»? ¡Por supuesto que no! El evangelio tiene que ser predicado con audacia y alegría.

*Soy introvertido.* Déjame confesarte algo. A menudo me sentía muy frustrado cuando iba a alguna parte con un amigo cristiano extrovertido y lo escuchaba compartir su fe. Él podía iniciar una conversación en forma muy natural y, en un abrir y cerrar de ojos, estaba diciendo algo sobre Jesús. Yo soy introvertido y mi personalidad no se presta naturalmente a esa clase de

evangelización. Así que, hace muchos años, comencé a orar por otras oportunidades de compartir el evangelio. Ha sido increíble ver cómo Dios me abre puertas cuando simplemente le pido oportunidades, y esas oportunidades se ajustan a mi personalidad introvertida. La personalidad no es una excusa válida.

Nuestra respuesta con acciones

Entonces, ¿cómo hacemos para «ir»? ¿cómo nos transformamos en la clase de miembro de la iglesia que deja huella en nuestra Jerusalén?

Primero, volvamos a la cuestión de las convicciones y la motivación. ¿Estás convencido de que Cristo es el único camino a la salvación? Entonces, ¿tu motivación principal es compartir el evangelio?

Veamos el caso de dos hombres que tenían una gran motivación. Hace unos 2000 años, Pedro y Juan estaban en la cárcel. ¿Cuál había sido su crimen? Habían estado contándoles sobre Jesús a otras personas.

Más adelante, estos dos agitadores aparecieron ante los líderes judíos para presentar su caso. Después de escucharlos, los líderes tomaron una decisión. Liberarían a Pedro y a Juan si cerraban la boca y dejaban de hablar de Jesús.

¿Cómo respondieron ellos? Veamos sus palabras exactas en Hechos 4:19-20: «Vosotros mismos juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; porque nosotros no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído».

¿Escuchaste eso? *No podían* dejar de hablar de Jesús. No podían dejar de hablar pero, hoy en día, muchos cristianos no están dispuestos a empezar a hablar.

Entonces, pasemos de la teoría a la acción. ¿Qué tienes que hacer? Específicamente en el contexto del propósito de tu iglesia de alcanzar a la comunidad, ¿qué puedes hacer para alcanzar a Jerusalén? Déjame proponer algunos pasos concretos.

*Ora pidiendo oportunidades.* Es algo muy sencillo, pero los miembros de la iglesia rara vez dan este paso. Antes de irte a dormir, pídele a Dios que te dé oportunidades de compartir el amor de Cristo en palabra o en obra. Es increíble cómo Dios responde.

Tengo muchas anécdotas, pero una de mis favoritas ocurrió después de hacer una sencilla oración una mañana para que Dios me diera oportunidades de compartir mi fe. Antes de que terminara la tarde, me llamó mi antiguo jefe (antes de ser ministro por vocación, yo trabajaba en un banco). Quería reunirse conmigo. Más tarde, descubriría que me buscó porque tenía preguntas sobre Jesús.

Vaya.

Aquí tienes otra parte maravillosa de la historia. ¡Hacía 27 años que no tenía noticias de él!, pero el día que oré pidiendo una oportunidad, llegó la llamada.

Ora pidiendo oportunidades.

*Invita a personas a la iglesia.* Lo repito, es un concepto increíblemente simple. Cuando invitas a alguien a la iglesia, lo traes a confraternizar con cristianos. Cuando invitas a alguien a la iglesia, esa persona puede tener la oportunidad de escuchar el evangelio. He visto cómo una sencilla invitación puede tener un impacto profundo y eterno en familias enteras.

Entonces, ¿las personas van a la iglesia si las invitamos? Hace varios años, hicimos un estudio al respecto con mi equipo de investigación. Los resultados nos sorprendieron a todos. Ocho de cada diez personas que no asisten regularmente a la iglesia, irían si alguien las invitara. Esa estadística es quizás una de las más increíbles que descubrí en mis 25 años de investigación.

Si las invitas, ellas van.

*Busca oportunidades en forma intencional.* Estás pensando en comprar un auto. El viejo y fiel automóvil que condujiste durante quince años ya no es tan fiel. Las reparaciones cuestan más que el valor del auto. Entonces, decides cuál será tu próximo vehículo. ¿Has notado lo que sucede a continuación? Comienzas a ver ese mismo modelo por todas partes. Hasta ahora, no lo habías notado. Tu esquema ha cambiado.

Lo mismo debería suceder en la esfera espiritual. Tendríamos que ver a las personas y las oportunidades a través de la lente de la evangelización. Si estamos espiritualmente alerta a tales oportunidades, las veremos con más frecuencia.

*Prepárate para hablar cuando surja la oportunidad.* Cuando llegue esa oportunidad dispuesta por Dios, debes saber qué decir. He participado de muchos programas de formación evangelística, y

todos me han ayudado a compartir mi fe con más coherencia y convicción. Una de mis maneras favoritas es «Los tres círculos». Puedes descargar la aplicación gratuita, «Vive en misión». Es bien sencilla y útil.

Es hora de ir

Si eres un típico miembro de la iglesia, tal vez no hagas demasiado para compartir el amor de Cristo con tu comunidad, tus vecinos, tus amigos o incluso tu familia. Creo que una de las mayores tácticas de Satanás es convencer a los cristianos de que pueden permanecer cómodos y en silencio. Es pecado permanecer en silencio cuando se nos ha mandado que hablemos.

Una persona en una iglesia puede marcar una diferencia. Un miembro comprometido a ir puede ser la chispa que comience un incendio.

Una persona.

Tú.

Es hora de que todos los miembros de la iglesia y los creyentes proclamen estas palabras sin dudar:

Me comprometo a ir.

### *Puntos para reflexionar*

1. ¿Por qué crees que, en general, los miembros de la iglesia no dedican tiempo a «ir» a sus comunidades?
2. Lee Hechos 4.1-22. ¿Cómo se puede aplicar este texto a nuestra vida actual?
3. ¿Cómo puedes transformar tu vida de oración en un instrumento para «ir»?
4. ¿La mayoría de los miembros de la iglesia actúa como si realmente creyera en Juan 14:1-6? ¿Por qué o por qué no?

## Me comprometo a dar generosamente

Ojalá hubieras conocido a Jess Keller. Era mi tío. Se transformó en un segundo padre para mí, ya que mi propio padre murió relativamente joven.

Jess falleció hace unos años y yo oficié el funeral. La iglesia estaba llena, lo cual es inusual cuando las personas mueren en la última etapa de la vida. Lo que sucedió después del funeral fue incluso más increíble.

Persona tras persona querían hablar conmigo. No, no estaban interesadas en mí, sino que querían contarme su propia historia sobre Jess.

En mi mensaje en el funeral, mencioné la generosidad de Jess. Cuando yo era estudiante del seminario con una familia de cinco miembros y me costaba llegar a fin de mes, el tío Jess nos envió dinero en cinco ocasiones, en un período de seis años. Sabía que era un hombre de oración, porque estos fondos llegaron siempre en momentos críticos. Una de esas ocasiones fue cuando mi esposa había decidido vender su sangre. Entonces, llegó el cheque del tío Jess.

Yo estaba seguro de que él había estado orando, porque no tenía manera de saber cuán serios eran nuestros problemas económicos. En una carta, me dijo: «Mientras oraba, Dios me dijo que te enviara este dinero».

Pero permíteme volver a la escena después de su funeral. Muchísimas personas querían contarme que Jess había hecho algo similar por ellas. Sus historias eran maravillosas y me asombró la cantidad de gente que me contaba sobre situaciones parecidas a la mía.

También escuché cuán generoso había sido con su iglesia. Siempre daba más que el diezmo. Un hombre lo resumió bien: «Jess Keller fue la persona más generosa que he conocido. Además, dar a otros parecía proporcionarle muchísimo gozo».

Esas dos frases fueron poderosas. No solo era generoso. Dar a otros le proporcionaba muchísimo gozo.

Por cierto, cuando nació mi tercer hijo, Nellie Jo y yo no tuvimos dudas del nombre que le pondríamos. Lo llamamos Jess.

El mejor sermón de todos

Las multitudes rodearon a Jesús. Querían escuchar lo que decía. Entonces, Él subió a una montaña y comenzó a hablar. Nunca escucharás un sermón más poderoso. Lo conocemos comúnmente como el Sermón del Monte.

Se ha escrito muchísimo sobre este sermón. Jesús dejó atónita a la audiencia con Sus palabras y hoy todavía nos sorprenden. Sin duda, cuando leo este sermón de Mateo 5-7, termino con una convicción y un celo renovados. Esa fue la reacción de las multitudes que tuvieron la singular oportunidad de escucharlo en persona: «Cuando Jesús terminó estas palabras, las multitudes se admiraban de su enseñanza; porque les enseñaba como *uno* que tiene autoridad, y no como sus escribas» (Mateo 7:28-29).

Los temas de los que habló Jesús son intencionales y llevan a la convicción. Cerca de la mitad del Sermón del Monte, Jesús comienza a hablar del dinero. Casi podemos imaginar la incomodidad de la multitud. Quizás muchos hayan mirado hacia abajo o hayan empezado a mover los pies.

Jesús dice: «No os acumuléis tesoros en la tierra, donde la polilla y la herrumbre destruyen, y donde ladrones penetran y roban; sino acumulad tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni la herrumbre destruyen, y donde ladrones no penetran ni roban; porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón» (Mateo 6:19-21).

¡Qué palabras impresionantes! ¡Maravillosas! Tanto para una audiencia del primer siglo como para una del siglo XXI.

Jesús dijo que no teníamos que dedicarnos a acumular cosas materiales. No quiso decir que no ahorráramos; se concentró en la cuestión del corazón y el dinero. Si no tenemos que «acumular», la consecuencia natural es que tenemos que dar.

A medida que damos, estamos acumulando tesoros en el cielo. Dicho de manera simple, dar tiene consecuencias positivas y eternas, pero, si no damos, nuestras posesiones no tienen valor. Están sujetas a la erosión y al robo. En un instante, podríamos perder todo.

Entonces, Jesús ofrece el remate más poderoso de esta parte del mensaje: «Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu



corazón» (Mateo 6:21).

¡Ay!

Probablemente, hayas escuchado a algún pastor decir una frase trillada como esta: «Se puede saber más de una persona por su chequera que por cualquier otra cosa». Tal vez, te horrorice escucharlo. Es una frase que se ha repetido muchas veces.

Tenemos que saber algo de esta afirmación: es verdad. El destino de nuestro dinero refleja nuestro corazón y nuestras prioridades. Quizás, deberíamos contextualizar esta frase para nuestro entorno moderno: «Se puede saber más de una persona por su chequera y las transacciones digitales de su tarjeta de débito que por cualquier otra cosa».

Sin embargo, Jesús no se detiene allí. Dice que tu Señor puede ser Él o el dinero. Si estás obsesionado con el dinero, Jesús no es tu Señor. Si te concentras en tu dinero en lugar de enfocarte en Jesús, Él no es tu Señor. Si no eres generoso con tu dinero, Él no es tu Señor.

¿Entiendes lo que digo? Jesús le dijo estas poderosas palabras a la multitud reunida en la ladera de la montaña: «Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o se apegará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas» (Mateo 6:24).

A veces, queremos evitar hablar del dinero. Tal vez, el tema nos pone incómodos. Quizás, los sermones y las lecciones al respecto no nos gustan, pero es un tema de gran importancia y una cuestión del corazón. Eso fue lo que enseñó Jesús.

En realidad, es muy sencillo. Si no somos generosos y damos con alegría del dinero que Dios nos ha confiado, no somos seguidores obedientes de Cristo. Dejamos en claro que nuestro corazón no está en sintonía con Jesús. Porque donde esté nuestro tesoro, allí estará también nuestro corazón.

El cambio en las congregaciones locales

No sabría precisar la fecha exacta, pero comenzó entre la década de 1970 y 1980. El dinero y la mayordomía se transformaron en temas delicados, por no decir tabú, en muchas iglesias. Las razones pueden ser múltiples.

Algunos líderes de la iglesia temían que mencionar el dinero en las reuniones de adoración pudiera alejar a las personas. Tal vez, respondían a exigencias legalistas de la congregación respecto de las ofrendas, o quizás, simplemente reaccionaron en forma exagerada. Entonces, el tema de la mayordomía casi ni se trató durante un buen tiempo.

Varios críticos se concentraron en el estilo de vida lujoso de ciertos pastores; particularmente, los que tenían un ministerio por televisión o radio. Aunque esos predicadores eran una minoría, estaban muy a la vista. Entonces, se transformaron en una excusa conveniente para la gente que no quería ofrendar.

Sin embargo, pareciera que el mayor cambio ocurrió en las actitudes de ciertos miembros de la iglesia. ¿Alguna vez escuchaste que un miembro de la iglesia no ofrenda porque no le gusta algo de la congregación? O quizás, algo más frecuente es el miembro que calibra sus ofrendas según su definición de lo que la iglesia debería estar haciendo.

Me parece bien que los miembros de la iglesia opinen sobre cómo debe gastarse el dinero de la congregación. Entiendo que algunas iglesias abusan de las pautas sensatas de transparencia y rendición de cuentas, pero son una pequeña cantidad en el total de las congregaciones.

La realidad es que muchos miembros de la iglesia han desarrollado una mentalidad consumista a la hora de ofrendar. Si la iglesia no obra exactamente como ellos quieren, se guardan su dinero o reducen sus ofrendas.

No creo que estés 100% satisfecho con el uso de los fondos que hace ninguna iglesia, pero asegúrate de estar en una congregación donde puedas dar con alegría, incluso cuando no estés de acuerdo con todo. No podemos pensar que estamos dando «nuestros» fondos. Ofrendar es soltar. Esa es la definición de un regalo.

Esa era la actitud de mi tío Jess. Daba a las personas y a las organizaciones en abundancia y con alegría, y su iglesia era su principal prioridad. Después de su funeral, una persona me dijo: «Seguro que también dieztaba en la iglesia», mientras reflexionaba sobre sus demás ofrendas a las personas y las organizaciones. Un diácono de la iglesia acotó con una sonrisa: «Hace mucho tiempo que Jess sobrepasó la marca del 10%».

Nuestra generosidad refleja nuestro corazón. Es un verdadero indicador de la clase de miembro de la iglesia que Dios nos ha llamado a ser.

El factor de la alegría

A veces, el apóstol Pablo me confunde. No me malentiendas. Lo digo de una buena manera y con humildad. Sin embargo, su franqueza en la Escritura puede inquietarnos y convencernos de errores. Después de todo, así es como el Espíritu Santo usa la Escritura.

Pablo le escribió a la iglesia de Corinto sobre la generosidad. La iglesia de los corintios tenía muchos problemas. Pablo quería garantizar que tuvieran en claro esta cuestión de la mayordomía.

En primer lugar, les dijo que su crecimiento espiritual dependería de su generosidad al ofrendar. «Pero esto digo: El que siembra escasamente, escasamente también segará; y el que siembra abundantemente, abundantemente también segará» (2 Corintios 9:6). No dejó dudas sobre esta cuestión. Les dijo a los miembros de la iglesia de Corinto que no podían crecer como cristianos a menos que dieran con generosidad.

Era verdad para los corintios y también es verdad para las iglesias de hoy.

Sin embargo, Pablo no se detiene allí. Lee estas palabras de 2 Corintios 9:7 con mucha atención: «Que cada uno *dé* como propuso en su corazón, no de mala gana ni por obligación, porque Dios ama al dador alegre».

En primer lugar, Pablo les dice a los miembros de la iglesia las motivaciones que no deberían tener a la hora de dar. No deben tener una motivación reacia. Si intentan aferrarse a algo mientras lo dan, son dadores reacios. Tenemos que dar con buena disposición y total abandono.

En segundo lugar, el apóstol dijo que no tenemos que dar motivados por el legalismo. Él habla de dar «por obligación». No damos para agradar a una persona ni para cumplir con una serie de pautas. Damos para agradar a Dios. Al hacerlo, hallamos nuestro mayor gozo al ofrendar. Los que dan por obligaciones legalistas terminan rechazando esas mismas pautas.

No obstante, las motivaciones positivas que menciona Pablo para ofrendar pueden presentar el mayor desafío para algunos miembros

de la iglesia. Pablo dijo que debemos ser dadores *alegres*. Es más, lo dijo con más énfasis. Afirmó que Dios ama al dador alegre.

La palabra griega para «alegre» es la misma de la que obtenemos «hilarante». Esta palabra solo se usa una vez en la Escritura, en 2 Corintios 9:7. Denota una ofrenda sobreabundante, alegre y hasta hilarante. Ofrendar debería ser una de nuestras mayores alegrías en la vida. Dar con cualquier otra motivación no le agrada a Dios.

Los miembros de la iglesia tienen que dar. Los miembros de la iglesia tienen que dar con alegría y abandono. Los miembros de la iglesia tienen que dar, no por cumplir con pautas legalistas, sino porque servir a Dios de esta manera les produce un verdadero gozo.

### El plan de acción

Entonces, ¿cuáles son algunos pasos prácticos para los miembros de la iglesia? ¿Cómo transitamos con obediencia el camino del dar?

El primer paso evidente es poner este tema en oración. En 2 Corintios 9:7, Pablo afirma: «Que cada uno *dé* como propuso en su corazón». Nuestro «corazón» es nuestra relación con Dios. Dar es una expresión poderosa pero personal de cómo Dios nos ha guiado; así es cómo decidimos en nuestro corazón.

En segundo lugar, entiende que el Dios a quien servimos no tiene recursos limitados. Es el Dios que ha creado y sigue creando recursos ilimitados. Pablo deja en claro que, a medida que sembramos con generosidad, segaremos con generosidad. No revela cómo Dios lo hará, pero deja en claro que el Señor no tiene limitaciones.

A menudo, abordamos la mayordomía desde nuestra perspectiva limitada de los recursos disponibles. Entonces, llegamos a la conclusión de que solo podemos dar lo que vemos. Aunque, sin duda, no tenemos que hacer cosas insensatas, la mayoría de nosotros limita lo que da a lo que considera posible, no a lo que Dios quiere que demos.

Por último, simplemente, hazlo. Simplemente, ofrenda. Da más allá de lo que te resulta cómodo. Da como expresión de que Dios realmente está a cargo de todo lo que tenemos.

Ofrenda sin dudar. No lo hagas a regañadientes. Ninguna persona a quien le des es perfecta. Ninguna organización a la que le des es

perfecta y ninguna iglesia a la que le des es perfecta. Da sin reservas. Dios se encargará del resto.

Tu obediencia al Señor está directamente relacionada con tu manera de ofrendar.

Tu fidelidad como miembro de la iglesia depende de lo que das.

Tu gozo como creyente en Cristo está íntimamente ligado a tu manera de ofrendar.

Mantente dispuesto. Hazlo con alegría.

Mientras consideras la mayordomía respecto a cómo y qué le das a la iglesia, proponte proclamar lo siguiente sin duda y con gran gozo:

Me comprometo a dar generosamente.

*Puntos para reflexionar*

1. ¿Por qué algunos miembros de la iglesia han desarrollado una mentalidad consumista en la congregación? ¿Cómo afecta esta mentalidad consumista su manera de dar en la iglesia?
2. ¿De qué maneras describirías a un dador alegre según lo que dice Pablo en 2 Corintios 9:7?
3. Anota varias cuestiones clave sobre el dinero y la generosidad que enseña Jesús en Su Sermón del Monte, en Mateo 6:19-24.
4. ¿Por qué lo que damos debe estar motivado por un deseo voluntario en lugar de pautas legalistas? ¿Cómo respondería Jesús esta pregunta?

## Me comprometo a no abandonar la iglesia

**H**ay algunas personas destacadas en mi vida.

Son las que han tenido la mayor influencia sobre mí. Son amigos. Son mentores, y son familiares. A riesgo de omitir a alguien, permítanme nombrar a algunos.

Está mi esposa, Nellie Jo. Es una de las personas más piadosas y sacrificadas que conozco. Parece que, cada vez que hace o dice algo, es para beneficio de otro. Casi nunca se coloca en primer lugar.

Después, está mi entrenador del equipo de fútbol americano de la escuela secundaria, Joe Hendrickson. Durante una reunión de *Fellowship of Christian Athletes* [Comunidad de atletas cristianos], él me compartió el evangelio. Confié en Cristo como Salvador pocas horas después de ese encuentro.<sup>1</sup>

También están mis tres hijos. Sam Rainer me ha enseñado cómo amar a una comunidad con el evangelio. Art Rainer me enseñó lo que es la lealtad cristiana y Jess Rainer ha sido un modelo de compasión cristiana para mí. Mis tres hijos me han enseñado mucho sobre cómo ser un esposo y padre cristiano.

Lewis Drummond fue mi mentor; el que encendió en mí el fuego y la pasión por la evangelización. Aunque ya está con el Señor, su influencia en mi vida sigue siendo fuerte.

Por supuesto, mi tío, Jess Keller, tiene que estar en esta lista. Del capítulo anterior, sabes que fue un modelo para mí en generosidad y dadivosidad.

También está Roberto. Al menos, así lo llamé en uno de mis libros anteriores, titulado *Soy miembro de la iglesia*.

La razón por la cual no di su nombre completo en ese libro es sencilla. La familia de Roberto no me dio permiso para escribir sobre él y Roberto murió hace algunos años.

Bueno, la identidad «secreta» de Roberto no duró mucho tiempo. Demasiadas personas conocían a Roberto y su magnífico carácter y algunos sabían que él y yo nos habíamos cruzado en el camino años atrás. Al poco tiempo, empecé a escuchar que la gente decía: «Estás

hablando de Roberto Hand. Así era él». Así que, aquí tienes un resumen de la historia de este hombre.

Yo era un joven de poco más de 20 años. Hacía unos años que estaba casado con Nellie Jo y teníamos dos hijos pequeños en casa. Jess todavía no había nacido. En esa época yo trabajaba en un banco, para seguir una tradición familiar que duró seis generaciones.

Cuando Nellie Jo y yo nos unimos a la Iglesia Bautista Agua de Vida en Anniston, Alabama, yo tenía un gran deseo de participar, pues había estado lejos de la iglesia durante muchos años. Cuando nos unimos a la congregación, Nellie Jo estaba embarazada de nuestro primer hijo. Tenía muchos deseos de participar, así que lo hice.

Roberto me observaba de cerca. Vio mi entusiasmo juvenil. Me vio transformarme en el padre de este primer hijo y luego de un segundo, y se preocupaba por mí. Ya había visto la misma situación muchas veces.

Alguien viene a la iglesia y pasa de no participar en nada a sumergirse completamente en la vida de la iglesia. Hace tantas cosas que la familia sufre. Estos miembros entusiastas de la iglesia comienzan a ver el lado no tan perfecto de la vida de la congregación cuanto más participan. Se desalientan, y, después se cansan.

Suelen abandonar. Desertan. Se transforman en otra estadística congregacional.

Se los llama los «cristianos cometas». Llegan como un fuego abrasador pero, al poco tiempo, desaparecen.

Roberto Hand vio lo que me estaba sucediendo y comenzó a guiarme. Nunca me sermoneó. Jamás me habló con aires de superioridad. Me contaba historias. Estos relatos se volvieron mi guía para mantenerme alejado del desgaste y la desilusión.

Sé que Dios usó a Roberto para mantenerme en una trayectoria que, con el tiempo, me llevaría al seminario y al ministerio vocacional. Sin su ayuda, yo podría haber abandonado la iglesia.

## El síndrome del desgaste

Ha habido muchos estudios sobre las personas que abandonan la iglesia. Todos cuentan historias similares. La gente se va de la iglesia por diversas razones, las cuales suelen repetirse. Alguien

hirió sus sentimientos. No tenían oportunidades de servir o servían en tantos lugares que comenzaron a desgastarse y a guardarles rencor a los que no servían. Hay muchas otras historias similares. Sin embargo, hay un hilo en común que atraviesa muchos de estos relatos. Hay algo en la iglesia que trae gran desilusión y desaliento.

El desgaste puede producirse cuando un miembro de la iglesia está haciendo demasiado, o demasiado poco, o puede suceder cuando un miembro de la iglesia se dedica a algo por lo cual no tiene pasión.

Este libro no es una lista de cosas que hay que hacer para agradar a Dios o para ser un buen miembro de la iglesia. Es una expresión de un natural desborde de ministerio que debería suceder por nuestro amor a Cristo y a Su iglesia. En el capítulo 9, veremos esta cuestión con mayor detalle.

Por ahora, concentrémonos en los factores que pueden evitar el desgaste en la iglesia. Tenemos una gran cantidad de investigación sobre la deserción de la iglesia que puede guiarnos en esta dirección.

Sin duda, cada capítulo y versículo de la Biblia tienen su razón de ser. El Espíritu Santo guió a los escritores de la Escritura, y esos capítulos y versículos son ahora nuestro canon.

Para algunos, puede haber una cierta tensión entre la gracia y las obras. Podríamos hacer un estudio que dure toda la vida sobre este tema, pero, por ahora, realicemos un resumen abreviado.

Uno de los pasajes más citados de la Biblia es Efesios 2:8-9: «Porque por gracia habéis sido salvados por medio de la fe, y esto no de vosotros, *sino que es don de Dios*; no por obras, para que nadie se gloríe».

Estos versículos son bien claros. Nuestra salvación viene por gracia, el favor inmerecido que recibimos de Dios mediante la fe en Cristo. Pablo, el escritor de este libro, no se detiene aquí. No solo nos dice cómo somos salvos; nos informa cómo no somos salvos. Nos comunica que nuestra salvación no viene de nosotros mismos ni de nuestras obras.

¿Lo entendiste? Las obras no nos salvan.

No podemos terminar ahí el pasaje. El versículo 10 es una parte crítica de esta idea: «Porque somos hechura suya creados en Cristo Jesús para *hacer* buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas».



Lee ahora todo Efesios 2:8-10. Las obras no nos salvan, pero somos salvos para hacer buenas obras. Esta última frase es clave: «... las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas».

Dios ya tiene un plan para nuestro servicio, un plan para nuestras obras en la iglesia y más allá. Nuestra salvación es libre e inmerecida, pero tiene que llevarnos a hacer buenas obras para Dios.

Entonces, ¿qué tienen que ver estos pasajes con el desgaste en la iglesia?

Nos desgastamos cuando nuestra motivación es hacer obras para cualquier persona que no sea Dios. Déjame volver a mi historia sobre Roberto Hand para explicar lo que estoy diciendo.

Roberto se dio cuenta de que yo le decía «sí» a todos en la iglesia. Era diácono. Era maestro de la escuela dominical. Era líder de la misión para muchachos. Enseñaba el primer ciclo de una clase de entrenamiento. Estaba en un grupo de oración que se reunía a las cinco de la mañana. Guiaba un equipo de trabajo los sábados en la iglesia. Servía en tres comités. Era ujier.

Entiendes a qué me refiero.

Ninguno de esos ministerios eran malas decisiones. Simplemente, le había dicho que sí a todo el mundo. En un momento, estaba haciendo tantas cosas que no hacía nada bien.

Entonces, Roberto intervino. Con su manera amable, me contó historias. Esas historias señalaban mis motivaciones para el ministerio en la iglesia. Soy lento, pero por fin lo comprendí. Mi motivación para lo que hacía era principalmente agradar a las personas. Mi pastor me pidió que llevara adelante el grupo misionero. Un amigo me pidió que enseñara en la escuela dominical. Un miembro de la iglesia que solía ser un cliente del banco me invitó a participar del grupo matutino de oración.

Todos eran buenos ministerios. Tenían excelentes propósitos, pero mis motivaciones no siempre eran las correctas. Estaba tratando de agradar a las personas en lugar de agradar a Dios.

Volvamos a ver Efesios 2:10: «Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para *hacer* buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas».

Las «buenas obras» que debemos hacer son las que Dios ha preparado. Esos son los lugares donde tenemos que «andar».

Tenemos que servir según Dios nos muestra. Nuestro objetivo es agradarle a Él. Nuestra motivación es glorificarlo, servirlo y agradarle. Si lo hacemos, serviremos con gozo y jamás nos desgastaremos.

Por supuesto, se ha escrito muchísimo sobre cómo tenemos que servir a Dios en la iglesia. Los recursos sobre los dones espirituales, en particular, son invaluableles para ayudarnos a comprender nuestras pasiones y talentos para servir.

Por ahora, nos concentraremos en esta simple verdad. El desgaste en la iglesia no ocurrirá si buscamos agradar a Dios con nuestro servicio, en lugar de agradar a los demás.

### El factor de la atrofia ministerial

Aunque el desgaste puede llevarnos a abandonar la iglesia, un factor aún mayor en el ministerio es la atrofia. La palabra «atrofia» tiene un significado principal en la realidad biológica de que nuestros órganos y tejidos se deterioran si no los usamos.

Aunque pasaron muchos años, recuerdo claramente el primer año que jugué al fútbol americano en la escuela secundaria. En mayo, había sufrido una fractura compuesta en la pierna al caerme de un caballo. Por fin me quitaron el yeso a mediados de julio, a solo tres semanas de que comenzara la práctica de fútbol. Probablemente, puedas anticipar el resto de la historia. Intenté practicar un deporte como el fútbol con una pierna que hacía más de dos meses que no usaba. Mi desempeño fue pésimo. Los músculos de mi pierna no servían para nada. Se habían atrofiado.

De la misma manera, nuestros «músculos espirituales» se atrofian si no los usamos. Mientras no servimos en nuestras iglesias debido a razones legalistas, no estamos usando nuestro «músculo» de servicio. Cuando Pablo les escribió a los efesios, le escribió a una iglesia específica en Éfeso. Quería recordarles a sus miembros su salvación por gracia mediante la fe, pero también tenía en claro que nuestra respuesta a la gracia son las obras con el poder del Señor.

Permíteme ser franco. Si no estás sirviendo en la iglesia, no eres un miembro legítimo de la congregación. Cuando Pablo le escribió a la iglesia de Corinto, habló sobre cómo debemos servir al cuerpo de Cristo mediante la metáfora de los «miembros».

Recuerda las palabras de Pablo en 1 Corintios 12:27: «Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y *cada uno* individualmente un miembro de él». Antes, Pablo nombró estas partes o miembros del cuerpo: el ojo, el oído, la mano y los pies. Lo que quiso decir está clarísimo. Si un miembro no funciona, no le sirve al cuerpo.

Si eres un miembro de la iglesia que no funciona ni presta ningún servicio, no le sirves al cuerpo. Tu ministerio se está atrofiando.

Puedo anticipar algunas objeciones a esta afirmación. Ya las he escuchado antes. Puedo resumirlas con una serie de intercambios de correos electrónicos que tuve con una amiga. Ella me escribió para informarme que había decidido abandonar la vida de la iglesia. Había intentado encontrar lugares donde servir, pero se enfrentó con muchos obstáculos, porque hacía relativamente poco que era miembro de la iglesia. Se sentía, como ella dijo, «fuera del círculo de influencia». Dicho de manera sencilla, los miembros más antiguos no le pedían que sirviera en nada.

No te aburriré con todos los detalles de nuestros correos. Simplemente, citaré su último mensaje. Fue, sin duda, un final feliz.

«Aunque es cierto que nadie en la iglesia me pedía que sirviera, esto era solo una excusa conveniente para mí. Decidí comenzar mi propio ministerio de oración personal por los miembros de la iglesia. Cada día, tomaba el directorio de la congregación y empezaba a orar por los miembros y el personal de la iglesia, llamándolos por su nombre».

Su correo electrónico continuaba así:

«Después, empecé a ofrecerme como voluntaria cuando alguien hacía una invitación general. Seleccionaba deliberadamente las áreas que me interesaban. Obviamente, algunos de los miembros de la iglesia de más tiempo comenzaron a notarme y a darse cuenta de mi trabajo. Ahora, tengo más oportunidades para servir de las que puedo aceptar».

Sus últimas palabras me hicieron reflexionar:

«Estaba a punto de abandonar la iglesia, pero mis razones estaban arraigadas en el orgullo, porque nadie me pedía que sirviera. Aprendí que puedo orar sin que me lo pidan y también puedo servir sin que nadie me invite a hacerlo. Me alegra haber decidido dejar de lado mi orgullo insensato y haber buscado servir como podía».

El punto crucial

La mayoría de las deserciones en la iglesia ocurre por dos razones. En primer lugar, los miembros se comprometen demasiado y terminan desgastados. Son los cristianos «cometa», que llegan como una llama encendida, pero desaparecen rápidamente. En segundo lugar, algunos miembros de la iglesia no sirven en nada, por diversas razones. No les han pedido que sirvan. Están cómodos siendo espectadores, o quizás no sean verdaderos creyentes en Cristo.

Cualquiera de estas razones está mal. Las obras legalistas en la iglesia tienen motivaciones incorrectas. La falta de servicio tiene acciones incorrectas.

Hace unos meses, recibí este comentario en mi blog. Lo dejó una señora que insistía en que se hace demasiado énfasis en el ministerio a través de la iglesia local. Aquí están sus comentarios, tomados directamente del blog:

«Si alguien piensa que necesita hacer algo con el amparo de una congregación local (o incluso las oficinas nacionales o globales de una denominación) para estar haciendo la obra de Dios, esa persona ha tenido una vida demasiado resguardada... o es extremada y deliberadamente ciega o tonta. El 99,99% de la obra de Dios está llevándose a cabo sin NINGÚN aporte de las iglesias. Exigir que las personas que realizan esta obra (y, sin duda, es trabajo duro y agotador) dediquen su precioso tiempo a los «ministerios» de la iglesia y los grupos pequeños hará que terminen desertando. Esta clase de pensamiento tiene al menos parte de la culpa del aumento de ateos y cristianos apartados. Es hora de hacerse responsable de esto».

Estoy de acuerdo con lo que dice, en el sentido de que gran parte del ministerio se desarrolla en áreas que no tienen que ver con la iglesia local. Con respeto y pasión, disiento en que la iglesia local no sea parte del plan de Dios para el ministerio. La mayor parte del Nuevo Testamento se escribió ya sea a una iglesia local o en el contexto de las iglesias locales.

El punto crucial es este: tenemos que evitar los extremos que llevan a la deserción congregacional, ya sea a través de un exceso legalista de compromiso o una falta intencional de compromiso.

Sin duda, tenemos que servir. Debemos funcionar como miembros del cuerpo de Cristo y tenemos que hacerlo de manera que agrade a Dios antes que a los demás.

Un miembro inactivo de la iglesia es un oxímoron. Un desertor de la iglesia es un cristiano desobediente. Que ahora podamos afirmar con todo el corazón:

Me comprometo a no abandonar la iglesia.

*Puntos para reflexionar*

1. Relaciona la atrofia espiritual con la metáfora de Pablo de ser un miembro del cuerpo de Cristo, en 1 Corintios 12.
2. Explica la conexión entre la gracia y las obras en Efesios 2:8-10.
3. ¿Qué has observado sobre la razón por la que los miembros de una congregación abandonan la iglesia?
4. Compara y contrasta el exceso de compromiso y la atrofia en el contexto del ministerio y el servicio en la iglesia local.

## Me comprometo a no caer en la trampa del iglesianismo

**S**í, lo sé. «Iglesianismo» no es una palabra. Pero creo que debería serlo. Mi definición es la siguiente: «practicar nuestras convicciones eclesíásticas y religiosas según normas humanas en lugar de pautas bíblicas».

En muchas de nuestras iglesias, estamos redefiniendo la membresía como algo diferente de las enseñanzas sacrificiales y funcionales de 1 Corintios 12. Como consecuencia, demasiados miembros de la iglesia están practicando el iglesianismo en lugar de un cristianismo vigoroso.

Veamos ese capítulo y consideremos sus repercusiones. Miremos específicamente 1 Corintios 12:27-28: «Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y *cada uno* individualmente un miembro de él. Y en la iglesia, Dios [los] ha designado».

¿Te das cuenta? ¿Entiendes lo que es la membresía bíblica de la iglesia? Los miembros de la iglesia conforman el todo y son partes esenciales de él. El apóstol Pablo usa la metáfora del cuerpo para explicar que los miembros de la iglesia son partes del cuerpo de Cristo. Algunos son oídos; otros, ojos. Algunos son pies, mientras que otros son manos. Por eso, concluye: «Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, aunque son muchos, constituyen un solo cuerpo, así también es Cristo» (1 Corintios 12:12).

Entonces, como miembros de la iglesia, tenemos que funcionar. Debemos sacrificarnos. Tenemos que practicar un cristianismo vivaz en lugar del iglesianismo. El primero es bíblico y generoso. El último no es bíblico y es egoísta.

¿Cómo llegamos al punto en el que estamos hoy? Este libro es demasiado breve para examinar el deterioro de la vida saludable de la iglesia. En compensación, compartiré los cinco síntomas principales del iglesianismo; síntomas que tenemos que evitar a toda costa.

Síntoma n.º 1: la iglesia es un deporte para espectadores

Los que me conocen saben que me encanta el fútbol americano universitario. Me temo que también soy un acérrimo fanático. En lugar de hacer enojar a los fanáticos de otras escuelas, simplemente diré que mi equipo es excelente. Es más, en los últimos años, ha tenido uno de los mejores puntajes en el mundo de los deportes.

Así que, durante cualquier partido, muy divertido, me siento en las gradas y escucho a los fanáticos gritar lo que el equipo debería hacer o no hacer, o lo que el entrenador tiene o no tiene que hacer. Otras veces, entro al boletín en línea de mi equipo y allí también veo cómo nuestros fanáticos creen saber mucho más que los entrenadores y los jugadores.

Debo admitir que, a veces, soy culpable de lo mismo. Si no vamos a ver un partido, mi hijo Jess y yo solemos mirar el juego por televisión, desde nuestros respectivos hogares. Mirar nuestros mensajes de texto después de un partido puede ser un ejercicio divertido. Sabemos exactamente qué jugada tienen que hacer. Sabemos qué errores están cometiendo los entrenadores.

Sí, claro. Tenemos más idea sobre fútbol que esos entrenadores y jugadores. No... En realidad no.

Participamos del deporte como espectadores. No formamos parte de las agotadoras prácticas. No tenemos el conocimiento ni la experiencia de los entrenadores. No experimentamos la presión de los fanáticos, los administradores, las selecciones y las victorias. Nos sentamos a mirar y ofrecemos nuestra «valiosa» opinión.

El iglesianismo se parece a un deporte para espectadores. Los miembros asisten pero no participan en forma activa. Esperan que los demás se encarguen del ministerio. Para algunos, la única vez que se muestran apasionados es en una reunión administrativa en la iglesia, donde expresan su descontento y enojo.

La siguiente historia no es normativa, pero resalta algo. Un pastor entró en una habitación donde sabía que se llevaría a cabo una tensa reunión administrativa. Habló justo antes de que se iniciara formalmente la reunión. Según me contaron, dijo algo como lo siguiente: «¡Bienvenidos a nuestra reunión administrativa! Antes de empezar, tengamos un tiempo para compartir. Que alguien cuente cómo ha predicado el evangelio de Cristo este último mes».

Silencio.

Ni una persona respondió. Al parecer, ni una había testificado del evangelio. El pastor no tuvo que decir nada más. Es fácil ser un espectador quejoso, pero no podemos tratar a nuestras iglesias como un deporte para espectadores.

Por cierto, la reunión administrativa no fue tan complicada como muchos esperaban.

Síntoma n.º 2: la iglesia gira alrededor de mí

Este tema, «la iglesia gira alrededor de mí», fue uno de los grandes subtemas de mi libro anterior, titulado *Soy miembro de la iglesia*. Ese libro se concentró en las actitudes de los miembros de la iglesia. Este, por supuesto, trata de las acciones de los miembros de la iglesia. En especial, hemos estado viendo maneras de hacer que los miembros miren hacia fuera y se pongan en acción.

Si en la iglesia tenemos una mentalidad de club social, no servimos. Al contrario, queremos que nos sirvan. Ya pagamos el «derecho de piso», así que esperamos que los demás trabajen para nosotros. ¿Qué señales muestran que un miembro de la iglesia presenta el síntoma de «la iglesia gira alrededor de mí»? Estas afirmaciones pueden ser características:

- «Le dije al pastor lo que quería que predicara, pero no me escucha».
- «No me gusta la temperatura en el centro de adoración».
- «Si no cambiamos el estilo de la música, no vuelvo».
- «Encontraré otra iglesia que pueda suplir mis necesidades».
- «Alguien está sentado en mi lugar».
- «La iglesia decidió no tener más reuniones a las 7:30, porque solo unas pocas personas asistían. Bueno, esa era mi reunión. Si no está más, me voy».
- «El pastor no visitó a la suegra de mi hermana en el hospital, aunque se lo pedí».
- «La iglesia votó para pintar el centro de adoración de un color espantoso. Estoy furioso. Tal vez deje de ofrendar y listo».

Entiendes a qué me refiero. La vida de la iglesia, según la Biblia, se trata de servir, de sacrificarse, de ofrendar y de colocar a los demás antes de tus propios deseos y necesidades. El iglesianismo se



trata de que nos sirvan, de recibir, de salirnos con la nuestra, de insistir en nuestras necesidades y deseos sin importar los de los demás.

Síntoma n.º 3: la iglesia se trata de concentrarse en sus defectos

¿Recuerdas mi historia sobre Roberto Hand? Él fue mi mentor informal mientras trabajaba en el banco. Observé que comenzó a preocuparse por mí porque yo actuaba como un cristiano cometa. Decía que «sí» a todo y a todos.

Creo que su preocupación aumentó cuando comencé a quejarme de algunas cosas en la iglesia. Él sabía que eso era un síntoma de iglesiaianismo, aunque no me lo dijo de esa manera.

Así que Roberto hizo lo que le salía mejor. Me contó una historia. Esta historia era sobre el matrimonio y sobre cómo, durante los primeros años, todo parece color de rosa, pero luego, después de vivir juntos un tiempo, cada uno empieza a notar que el otro no es perfecto.

Roberto me dijo que esa historia sucede en todos los matrimonios, y, en esencia, tenemos dos opciones. Podemos intentar ver lo mejor en nuestro cónyuge y amarlo a pesar de sus imperfecciones (me dijo que eso era lo que significaba «en las buenas y en las malas»), o bien podemos quejarnos por las imperfecciones. Quizás, incluso hasta llegar a una separación. Tal vez incluso hasta el divorcio.

Después, me hizo una pregunta retórica, como acostumbraba: ¿Cuál es la mejor opción?

La historia me impactó. Sabía que Roberto se refería a mi relación con la iglesia a la que asistíamos. Fue una buena lección. Comencé a orar más por los líderes y los miembros de mi iglesia en lugar de quejarme de ellos.

No, no eran perfectos, pero yo tampoco lo soy.

No tenemos que sorprendernos cuando encontramos imperfecciones en la iglesia de la que somos miembros. Esta realidad se remonta a las primeras iglesias cristianas. Puedes encontrar sus historias en el Nuevo Testamento. Por ejemplo, observemos una iglesia en el Nuevo Testamento, la iglesia de Corinto, y concentrémonos en 1 Corintios. Aquí tenemos una muestra de algunos de los problemas que enfrentaban:

- Los miembros de la iglesia se movían en círculos cerrados y rendían culto a las personas.
- Había una gran cantidad de conductas carnales.
- Los miembros de la iglesia y los líderes no confrontaban la inmoralidad y la perversión sexual en la iglesia.
- Abundaban la mundanalidad y el materialismo.
- Los miembros de la iglesia se demandaban mutuamente en los tribunales.
- La gente se rebelaba contra la autoridad apostólica.
- La iglesia no disciplinaba a los miembros que habían caído en pecado.
- No se entendían los dones espirituales.
- Se abusaba de la Cena del Señor.
- Se abusaba de la libertad.
- La iglesia lidiaba con herejías respecto a la resurrección.

Y pensabas que tu iglesia tenía problemas...

El evangelio es la historia de lo que Dios hizo por nosotros, a través de Su Hijo Jesús. El evangelio se trata de la salvación por gracia mediante la fe. Se trata de Jesús, que murió en una cruz. Él es nuestro sustituto. Jesús se hizo pecado; llevó sobre sí nuestras culpas y aceptó nuestro castigo.

El evangelio es Juan 3:16, es cuánto nos amó Dios. Se trata del Padre, que sacrificó al Hijo por un puñado de gente pecadora y desobediente.

Como yo y como tú.

Entonces, ¿cómo respondemos a este regalo? ¿Cómo demostramos que nosotros, como personas que han recibido gracia, podemos demostrar gracia a los demás en la iglesia?

Francamente, a veces, no nos sale bien.

Nos volvemos críticos del pastor y del personal de la iglesia. No nos gusta lo que los ancianos o los diáconos hacen. No nos gusta la música que escoge el líder de alabanza. Criticamos a los maestros de los niños.

Estas actitudes y conductas son síntomas del iglesianismo, no de la membresía bíblica de la iglesia. Puedes estar seguro de que tu iglesia no es perfecta. Te garantizo que tu pastor y el personal de tu

iglesia no son perfectos. Sin duda, encontrarás muchos pecadores con problemas allí. Por cierto, nosotros también lo somos.

Tenemos que tomar una decisión real. Podemos practicar el iglesianismo y concentrarnos en los defectos y en la crítica, o podemos practicar la membresía bíblica de la iglesia y mostrarnos gracia unos a otros.

Después de todo, sin la gracia de nuestro Señor Jesús, no tendríamos esperanza.

#### Síntoma n.º 4: la iglesia tiene pocas expectativas

Hace poco más de un año, Juana se hizo miembro de la iglesia Franklin Community. Le gustaba la predicación y la música. Le quedaba cómodo conducir desde su casa hasta la congregación. El ministerio para niños era impresionante. Sin duda, era lo que más le atraía de la iglesia, ya que tenía dos hijos, de siete y nueve años. Se sentía responsable de la formación espiritual de los niños, porque su esposo no asistía a la iglesia.

Entonces, Juana decidió unirse a esta congregación. En el boletín de la iglesia había una tarjeta que le permitía mostrar su interés en hacerse miembro. Escribió su nombre, dirección y correo electrónico. Luego, esperó.

No tuvo noticias de la iglesia durante seis semanas. Pensó en llamar a la oficina de la iglesia para averiguar qué sucedía. Sin embargo, esa semana, recibió una carta de la congregación. «Estimada Juana: Nos alegra informarte que, en la última reunión administrativa mensual de la iglesia, votamos para que fueras miembro de la congregación y fuiste aceptada. ¡Bienvenida a la iglesia Franklin Community!».

¿Eso es todo?

Nadie de la iglesia la había contactado. Nadie sabía si era una verdadera cristiana o no. Nadie le había dado información sobre la congregación. Nadie le había indicado cómo podía servir mejor en la iglesia.

Sí, eso fue todo.

Juana había aprendido en su infancia que muchas iglesias requerían que las personas «pasaran al frente» y completaran una tarjeta de membresía. Entonces, se las presentaba a la congregación en el momento, incluso si nadie las conocía. A veces, en la siguiente

reunión administrativa se votaba para que fueran aceptadas como miembros.

Sin embargo, todavía le sorprendía que las iglesias tuvieran tan bajas expectativas para sus miembros. Igualmente, intentó permanecer en la iglesia aproximadamente un año. Durante ese tiempo, nadie la contactó. Nadie le pidió que sirviera. Nadie le dijo nada sobre la iglesia.

Juana admite que podría haberse esforzado más por contactarse con los líderes de la iglesia, pero había tan pocas expectativas en general, que no tuvo la motivación para hacerlo.

Al no haber demasiadas expectativas para ella, Juana nunca llegó a conectarse. Comenzó a asistir con menos frecuencia. Aun así, nadie la contactó. Pronto, ella y sus hijos se fueron de la iglesia. Nadie los extrañó. Nadie los contactó.

Para Juana y sus hijos, la historia tiene un final feliz. Comenzó a asistir a otra iglesia. Las personas se pusieron en contacto con ella. A Juana le encantó poder asistir a una clase para nuevos miembros, y, de inmediato, le dieron la oportunidad de conectarse con un grupo pequeño y empezar a participar de un ministerio. Ella y sus hijos están muy contentos.

Para concluir, le pregunté si la iglesia Franklin Community *nunca* se había puesto en contacto con ella de ninguna manera. Hizo una breve pausa y respondió: «La iglesia se comunicó una sola vez conmigo después de haberme notificado que me habían aceptado como miembro. Me enviaron una caja de sobres para ofrendar».

Esta historia describe vívidamente una iglesia con bajas expectativas que practica el iglesianismo. Observa algunas de las características de la iglesia con bajas expectativas:

- No tiene una clase para nuevos miembros. Este punto de entrada es crítico para proporcionar a los nuevos y potenciales miembros información sobre la iglesia y lo que se espera de sus asistentes.
- No les pide a los miembros que participen de un grupo pequeño o una clase de escuela dominical. Este grupo es vital para que los miembros desarrollen relaciones interpersonales y participen más de la vida de la iglesia.

- No lleva a los miembros a participar de un ministerio. Así, se pierde la oportunidad de comunicar que lo más importante es servir a los demás.
- Los miembros reciben poca comunicación de parte de la iglesia. En la ilustración, la iglesia Franklin Community se comunicó dos veces en un año: una carta de membresía y una caja de sobres para la ofrenda.

Las iglesias con pocas expectativas tienen más miembros que practican el iglesianismo. Tristemente, hoy en día, hay demasiadas iglesias con bajas expectativas.

Síntoma n.º 5: la iglesia es exclusivista

Este síntoma es similar al número cuatro en el sentido de que es difícil participar de la iglesia. En el punto anterior, la congregación está formada por unos pocos miembros que participan porque la iglesia no tiene demasiadas expectativas. En esta congregación hay pocos miembros que participan porque la mayoría no está conectada con los círculos clave y exclusivistas de la iglesia.

Los círculos cerrados pueden tener diferentes formas. Una forma muy común es un grupo informal de poder dentro de la iglesia. Este representa una alianza informal conformada por miembros de mucho tiempo. De varias maneras, ellos consideran que la iglesia es «su iglesia». Las personas tienen que obtener una aprobación tácita de este grupo para participar de algo o llevar a cabo algún proyecto.

Otro grupo cerrado puede ser un grupo familiar de poder. Algunas iglesias más antiguas tienen una red de personas conectadas, cuyo origen es una o dos familias. Estas familias quizás hayan estado en la iglesia desde sus comienzos.

A veces, el grupo cerrado puede ser un grupo formal, como los ancianos, los diáconos o el consejo de la iglesia. Por supuesto, la mayoría de estos grupos son saludables y funcionan de acuerdo a la Biblia, pero si un grupo se transforma en una barrera para que los miembros participen de maneras significativas en la iglesia, los miembros terminan practicando el iglesianismo. Se les impide funcionar como miembros bíblicos de la iglesia.

Las dos grandes fuentes del iglesianismo

Una iglesia cuyos miembros practican el iglesianismo suele tener dos principales factores causales. Por un lado, se les impide a los miembros de la iglesia funcionar como la Biblia enseña. Las barreras pueden ser institucionales o actitudinales. Tal vez haya estructuras formales que eviten una participación significativa o, simplemente, podría ser por la actitud conservadora de: «Nunca antes lo hemos hecho de esa manera». Por otro lado, algunos miembros de la iglesia eligen no funcionar como la Biblia enseña y, al menos en forma tácita, se les permite transitar ese camino.

Las dos cosas están mal. Ambas son expresiones no bíblicas del iglesianismo.

Veamos cómo funcionamos en nuestras iglesias. ¿Nos movemos en una iglesia bíblica o practicamos el iglesianismo? Si lo último es cierto, ¿podemos renovar nuestro compromiso? Si se nos pregunta si continuaremos practicando el iglesianismo, respondamos sin dudar:

Me comprometo a no practicar el iglesianismo.

#### *Puntos para reflexionar*

1. Échale un vistazo a 1 Corintios y encuentra al menos cinco ejemplos en los que la iglesia haya tenido problemas. Asegúrate de describir los problemas y toma nota del capítulo y los versículos.
2. ¿Qué características tiene una iglesia que se ha transformado en un deporte para espectadores para la mayoría de sus miembros?
3. ¿Por qué se forman algunos grupos de poder en una iglesia? ¿Qué consecuencias tienen estos grupos de poder?
4. Como miembro de la iglesia, ¿qué compromiso personal deberías tomar para no practicar el iglesianismo?

## Me comprometo a dejar huella

**S**u nombre era Jeremiah Lanphier. La fecha era 23 de septiembre de 1857. El lugar era la ciudad de Nueva York.

Durante días, Lanphier había estado repartiendo volantes sobre un tiempo de oración. Distribuyó unos 20 000 volantes él solo.

Era un hombre con una convicción de parte de Dios. Estaba desesperado por ver a Dios obrar y sabía que ningún sistema ni organización impulsados por el hombre podían crear esa obra.

Así que oró, y llamó a otros a orar también.

Lanphier esperaba ansiosamente que muchas personas asistieran el mediodía de ese 27 de septiembre. La ciudad tenía un millón de habitantes. Probablemente, los folletos los había visto más gente de la que los recibió originalmente.

Así que pidió prestada la habitación en la planta alta de una iglesia, se dirigió hasta allí y oró y esperó. Durante 30 minutos, no llegó nadie. Luego, escuchó pisadas de unos pocos que llegaban a la reunión de oración. Otras seis personas se sumaron.

A la semana siguiente, ya eran catorce. Después de otra semana, eran 23, y las reuniones de oración continuaron creciendo.

La presencia de Dios era poderosísima. Los que estaban en las reuniones decidieron juntarse todos los días. Y la cantidad de gente siguió aumentando. Para el invierno de 1857, las reuniones de oración llenaban tres grandes iglesias todos los días. Después, para marzo de 1858, todas las salas públicas y las iglesias disponibles de Nueva York se llenaban a diario.

Horace Greeley, el famoso editor de periódico, envió a un periodista para intentar contar la cantidad de gente en estas reuniones. En ese período de una hora, solo pudo llegar a seis lugares, moviéndose en carro y caballo. Aun así, contó 6100 personas.

El movimiento de oración se expandió por todo el país. En un momento, 10 000 personas se convertían en creyentes cada semana. Más de un erudito estimó que un millón de personas siguieron a Cristo a través de estas reuniones de oración.

Un movimiento se había iniciado.

Hoy, mi oración es que haya otro movimiento de parte de Dios.

Un movimiento donde todos digan: «Me comprometo»

Me preocupan nuestras iglesias, y no estoy solo.

No te aburriré con más estadísticas calamitosas sobre el estado de las congregaciones. Basta con decir que no es nada agradable.

El problema no es la iglesia como institución. El problema no son las denominaciones. El problema soy yo y eres tú. Las denominaciones no tienen más peso que sus iglesias y el poder de las iglesias depende de sus miembros. Yo soy miembro de la iglesia. El problema comienza conmigo y contigo.

Jeremiah Lanphier era solo una persona, como tú y yo. Sabía que no podía crear un movimiento. Su función era pedirle a Dios que se moviera. Su función era estar dispuesto. Así que Dios usó a un don nadie obediente que dijo «me comprometo» y comenzó un movimiento.

Es hora de dejar de culpar a los demás. Es momento de mirarse al espejo y preguntarle a Dios en dónde puedo decir: «Me comprometo».

Observa cómo Dios vuelve a traer movimientos a Su Iglesia. Lo hizo con Jeremiah Lanphier. Lo hizo con las iglesias del Nuevo Testamento. Somos miembros de nuestras respectivas iglesias. Somos responsables. ¿Es posible que, a través de nosotros, Dios empiece un movimiento?

Aunque no podemos fabricar un movimiento, podemos hacer lo mismo que Jeremiah Lanphier. Este hombre fue obediente. Es así de simple y profundo. Fue obediente.

Es hora de transformarse en esa clase de miembro obediente de nuestras congregaciones. Es hora de tomarse en serio 1 Corintios 12 y de ser una parte vital del cuerpo de Cristo. Es hora de decir: «Me comprometo».

*Me comprometo a tener la actitud de Cristo y a colocar a otros miembros de la iglesia antes de mis deseos.*

*Me comprometo a participar con alegría de la adoración colectiva con los demás miembros de la iglesia, siempre que sea físicamente posible.*



*Me comprometo a participar de un grupo o una clase, para que pueda crecer espiritualmente con otros, y pueda rendirles cuentas.*

*Me comprometo a compartir el evangelio con otros en palabras y en obras, y a no avergonzarme de mi Salvador.*

*Me comprometo a dar con abundancia y alegría, reconociendo que Dios es el dueño de todo lo que yo administro.*

*Me comprometo a participar de la vida de mi iglesia porque Dios me guía a hacerlo, no porque me siento obligado a agradar a los demás y a comprometerme más allá de mi capacidad.*

*Me comprometo a concentrarme en lo que Cristo ha hecho por mí, y no en los defectos de mi iglesia, sus líderes o sus miembros.*

*Me comprometo a orar para que Dios me use como instrumento para avivar Su Iglesia, para Su nombre y Su gloria.*

Un pensamiento final

Hace unos años, me encontraba en la sala de espera de un hospital con mi esposa y los padres de mi nuera. Nos habían dicho que el panorama no era bueno, pero seguíamos orando por un milagro.

Cuando mi hijo, Jess, entró a la habitación, lo supe. Él no dijo una palabra, pero yo me di cuenta. Su hijo, Will, había muerto. Mi nieto estaba con el Señor.

Jess se dejó caer sobre mis hombros. Los dos comenzamos a llorar.

¿Cómo consuela un padre a un hijo que acaba de perder a su propio hijo? ¿Qué palabras pueden proporcionarle consuelo? Le dije entrecortadamente, con suavidad: «Jess, ¿qué puedo hacer por ti?».

Jess me contestó. Sus palabras me quedaron grabadas en la memoria y las recordaré siempre. Me dijo: «Papá, por favor, pídele a Dios que use la vida y la muerte de Will para glorificar Su nombre dondequiera que yo vaya».

Eso fue todo.

No me pidió nada para él. No se trataba de sus necesidades ni de sus deseos. Para él, lo importante era usar un acontecimiento trágico para glorificar a Dios.

Mi respuesta fue sencilla: «Me comprometo a hacerlo».

Ya es hora.

Es momento de que los miembros de la iglesia formen parte de un movimiento donde cada miembro se sacrifique y el cuerpo de Cristo

se fortalezca. Es hora de buscar darle gloria a Dios a través de Su Iglesia. Es hora de un verdadero avivamiento en los corazones de los miembros de la iglesia.

Así que, a partir de este momento, transfórmate en el miembro de la iglesia que Dios use para ser un instrumento de avivamiento. Escúchalo con atención. Síguelo con obediencia.

Y, cuando hable para ponernos en acción, responde sin reservas ni dudas:

Me comprometo a dejar huella.

*Puntos para reflexionar*

1. ¿Qué podemos aprender de la vida de Jeremías Lanphier, para ser la clase de miembro de la iglesia que Dios desea?
2. Proporciona tu mejor descripción de lo que sería un miembro de la iglesia según 1 Corintios 12.
3. ¿Qué significa ser un miembro abnegado de la iglesia?
4. ¿Cómo ha cambiado este libro tu perspectiva de la membresía en la iglesia? ¿Te ha hecho mirar hacia fuera? ¿De qué manera?

## Apéndice

### **Mi compromiso personal**

Para leer en forma individual o conjunta

Me comprometo a tener la actitud de Cristo y a colocar a otros miembros de la iglesia antes de mis necesidades y deseos.

*Me comprometo.*

Me comprometo a participar con alegría de la adoración colectiva con los demás miembros de la iglesia, siempre que sea físicamente posible.

*Me comprometo.*

Me comprometo a participar de un grupo o una clase, para que pueda crecer espiritualmente con otros, y pueda rendirles cuentas.

*Me comprometo.*

Me comprometo a compartir el evangelio con otros en palabras y en obras, y a no avergonzarme de mi Salvador.

*Me comprometo.*

Me comprometo a dar con abundancia y alegría, reconociendo que Dios es el dueño de todo lo que yo administro.

*Me comprometo.*

Me comprometo a participar de la vida de mi iglesia porque Dios me guía a hacerlo, no porque me siento obligado a agradar a los demás o me siento culpable por decir que no.

*Me comprometo.*

Me comprometo a concentrarme en las maneras positivas en que Dios está usando mi iglesia, y no en los defectos de mi congregación, sus líderes o sus miembros.

*Me comprometo.*

Me comprometo a orar para que Dios me use como instrumento para avivar Su Iglesia, para Su nombre y Su gloria.

*Me comprometo.*

*Firma y fecha*

1. Al margen, les cuento que me reuní con el entrenador Joe a finales de 2014. No lo había visto durante más de cuatro décadas. Pude agradecerle y honrarlo a él y a su familia.